

---

# ÍNDICE

Agradecimientos .....	13
Introducción .....	17
Punt como problema histórico y metodológico .....	18
Punt como realidad histórica y como percepción .....	20
Punt en contexto: el estudio del ámbito afroárabe en la Edad del Bronce .	22
Arqueología e historia .....	23
Sociedades y sistemas comerciales .....	29
La política exterior egipcia en el ámbito afroárabe: objetivos e ins- trumentos .....	32
Productos, valores, usos y significados .....	42
Fundamentos, planteamientos e intenciones del presente estudio .....	49
Sobre transliteraciones, traducciones y datación .....	52
Post scríptum .....	57
1. Los estudios sobre Punt .....	59
El siglo XIX .....	60
Primeras noticias sobre Punt .....	60
Brugsch y la identificación de Punt con Arabia .....	62
Mariette y los relieves de Deir el-Bahari .....	68
Matices y adhesiones a las tesis de Mariette .....	69
El restablecimiento de Punt en Asia: Lieblein, de Cara y Schia- parelli .....	72
De nuevo África: Krall y Müller .....	75
Nuevas ideas y viejos problemas: Petrie, Wiedemann, Müller y Glaser .....	76
Hijos de su tiempo: algunas manipulaciones en los estudios de Punt	78

Los estudios sobre Punt entre 1900 y 1968 .....	80
Descubrimientos y trabajos entre 1900 y la Segunda Guerra Mundial .....	80
Punt y las teorías difusionistas .....	84
Los Davies .....	90
Los estudios de Punt desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta 1968 .....	91
De 1968 a nuestros días .....	94
Punt desde una nueva óptica: el trabajo de Herzog .....	94
Las reacciones al trabajo de Herzog y los estudios sobre Punt en los años setenta .....	95
Buscando Punt a través de la arqueología .....	102
Los años ochenta y noventa: caminos ya hollados y nuevas interpretaciones .....	107
Punt en el siglo XXI: nuevos descubrimientos y ópticas .....	117
2. Productos, rutas y primeros contactos ( <i>ca.</i> 3500-2007 a.C.) .....	121
Los contactos con África oriental hasta el comienzo del Reino Antiguo .....	121
Productos .....	122
Rutas y formas de contacto .....	126
Comercio, prosperidad y colapso: relaciones egipcias con Nubia .	131
Sociedades, culturas y contactos en el África oriental y Arabia hasta <i>ca.</i> 2700 a.C. ....	141
Egipto y África durante el Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio .....	148
La ocupación egipcia de la Baja Nubia: las dinastías IV y V ...	149
Expediciones y comercio: Nubia bajo la dinastía VI .....	153
Cielos nublados y montañas cerradas: Egipto y Nubia en el Primer Período Intermedio .....	166
El ámbito afroárabe ( <i>ca.</i> 2500-2000 a.C.) .....	172
Egipto y Punt durante el Reino Antiguo y el Primer Período Intermedio .....	181
¿Primeros contactos con Punt? La dinastía IV .....	182
La dinastía V .....	186
La dinastía VI .....	192
El Primer Período Intermedio .....	200
3. Egipto y Punt durante el Reino Medio y el Segundo Período Intermedio .....	203
Egipto y África durante la dinastía XI .....	203

Egipto y África durante la dinastía XII .....	206
Conquista y resistencia: la Baja Nubia .....	207
Oro, oasis y prófugos: los desiertos .....	212
Frente a un enemigo rico y poderoso: la Alta Nubia .....	216
Egipto y África al final del Reino Medio y en el Segundo Período Intermedio .....	228
Abandono y <i>kushitización</i> : la Baja Nubia .....	229
<i>Medyau</i> y pistas caravaneras: los desiertos .....	231
El apogeo del reino de Kush .....	236
El ámbito afroárabe ( <i>ca.</i> 2000-1500 a.C.) .....	243
Egipto y Punt durante el Reino Medio y el Segundo Período Intermedio .....	246
El reinado de Mentuhetep II .....	246
Mentuhetep III y el restablecimiento de los contactos directos ..	250
La dinastía XII .....	255
El final del Reino Medio y el Segundo Período Intermedio ...	291
4. Egipto y Punt durante el Reino Nuevo I .....	299
Egipto y Nubia desde la expulsión de los hicsos hasta el reinado de Tutmés III .....	299
Conquista y egipcianización de la Baja Nubia .....	300
Egipto y Kush .....	301
Tutmés III, Hatshepsut y la política egipcia en África .....	310
Jefes locales y templos: la Baja Nubia .....	311
El final del reino de Kush .....	319
Egipto y el resto de África: productos y vías comerciales al inicio de la dinastía XVIII .....	322
La expedición a Punt de la reina Hatshepsut .....	326
El viaje a Punt en las escenas de Deir el-Bahari .....	327
La expedición a través de otras fuentes y evidencias .....	376
5. Egipto y Punt durante el Reino Nuevo II .....	391
Egipto y África desde la desaparición de Hatshepsut hasta Amenhetep III .....	392
Asimilación y empobrecimiento: la Baja Nubia .....	392
La explotación aurífera en el desierto oriental .....	398
Egipcianización y resistencia en la Alta Nubia .....	403
Más allá de Kush: intercambios, productos y rutas al sur de la cuarta catarata .....	408
Desde la revolución de Amarna hasta el final de la dinastía XVIII ..	418
Crisis y recuperación precaria: la Baja Nubia y los desiertos ...	418

Emulación, comercio, diplomacia y conflicto en la Alta Nubia .	422
Sociedades y culturas de África y Arabia durante el Bronce final .	426
África en los archivos de Amarna . . . . .	433
Egipto y Punt . . . . .	439
Los contactos desde Tutmés III hasta Horemheb . . . . .	439
Productos de Punt en Egipto . . . . .	467
Punt. Percepciones y usos en la cultura egipcia . . . . .	483
6. Egipto y Punt durante el Reino Nuevo III . . . . .	497
Egipto y África hasta la muerte de Merneptah . . . . .	497
Continuismo y paz: la Baja Nubia . . . . .	499
Una recuperación incompleta: la explotación de los desiertos .	502
Ocupación y conflicto: la Alta Nubia . . . . .	504
Egipto y África. Productos y contactos . . . . .	511
África en la diplomacia ramésida en el Oriente Próximo . . . . .	514
Egipto y África desde el reinado de Merneptah hasta el fin de la di- nastía XX . . . . .	519
Inercia y separatismo: la Baja Nubia . . . . .	519
Los desiertos . . . . .	522
El fin de la autoridad egipcia en la Alta Nubia . . . . .	527
Egipto y Punt durante la época ramésida . . . . .	534
La dinastía XIX . . . . .	535
La dinastía XX: la expedición de Ramsés III a Punt . . . . .	544
El fin de los contactos directos . . . . .	563
Productos de Punt en Egipto . . . . .	564
Punt como evocación: percepciones y usos en la cultura egipcia .	569
Epílogo . . . . .	579
Egipto y el ámbito afroárabe: permanencias y cambios . . . . .	579
Conclusión: percepciones, idealizaciones y realidades de Punt . . . . .	586
La Punt histórica . . . . .	587
Punt en el imaginario egipcio . . . . .	589
Punt en el ámbito afroárabe de la Edad del Bronce . . . . .	591
Los productos de Punt . . . . .	592
<i>Ah, quei bei giardini là non si vedranno più...</i> . . . . .	594
Abreviaturas . . . . .	597
Bibliografía . . . . .	599

---

# INTRODUCCIÓN

*Guardo una strada ...  
io non ne ho mai viste così  
e dove vada a finire non so dir da qui...  
Il fondo è lucido e scuro  
di un nero già blu...  
porta lontano, è sicuro, mai stato laggiù...  
Ah, quei bei giardini là  
non si vedranno più...*

PAOLO CONTE, *I giardini pensili hanno fatto il loro tempo*

La añoranza por un hecho o un lugar nunca vivido pero deseado es un fenómeno tan común como extrañas son las circunstancias que lo originan. Por eso Punt es, como en el caso de El Dorado, del reino de Preste Juan, de la Atlántida o de tantos otros Jaujas inalcanzables, un atractivo reclamo para los investigadores. Abordarlo supone vérselas con un territorio cuya localización es desconocida y con unas actividades comerciales basadas en un producto —el *ʿntyw* o *ʿntw*— que no ha podido ser identificado con certeza. La evocación de Punt radica en ese halo impreciso, *lucido e scuro* simultáneamente que emana de su emplazamiento impreciso y de sus riquezas. Dicho carácter ignoto e innegablemente pintoresco ha dado lugar a numerosos trabajos por parte de historiadores, arqueólogos, filólogos, antropólogos o diletantes desde el mismo nacimiento de la egiptología. La numerosa bibliografía sobre la región resulta aún más sorprendente cuando se observa que los contactos entre Egipto y esa región fueron, viéndolos en términos meramente económicos y al menos por lo que respecta a la parte egipcia, marginales. Siguiendo una acertada expresión de Liverani (1998c: 61) aplicada a las relaciones exteriores de la Mesopotamia de la cultura de Uruk

(ca. 3500-3000 a.C.), los intercambios entre ambas regiones fueron una especie de «ruido de fondo» quizás de gran importancia en su valor simbólico y comercial pero de escasa incidencia en la política y vida cotidiana egipcias.

La fascinación por Punt en la historiografía egiptológica durante más de siglo y medio ha sido debida, además de al innegable atractivo de los problemas irresolutos, a la confluencia de razones muy variadas como es el caso de su identificación con ciertos territorios bíblicos (Ofir, Put) o su relación con expresiones y términos egipcios de interpretación ambigua y problemática (el *ꜥntw*, el Gran Verde, la Tierra del dios, etc.). Aunque, por encima de estas causas, y provocándolas, el principal culpable del magnetismo del «problema Punt» sea la ausencia de un espacio con el que identificarla. Como si de un «arca perdida» se tratase, esta región ha sido un poderoso reclamo y reto para muchos investigadores que, siguiendo las pistas más dispares, han propuesto para ella un sinfín de localizaciones. Pese a todo, sigue siendo huraña y, como lo fue también para los egipcios, lejana. Esa tierra es, ante todo, un enmarañado problema de diferentes caras. Hay que destacar, sobre todo, cuatro facetas que pueden agruparse, por sus características, en dos parejas que se analizarán en las próximas secciones. Las dos primeras están ligadas al estudio actual de la región. Por un lado, Punt es un problema histórico *per se* por la escasez y ambigüedad de las fuentes que la documentan. Por otro, es un problema metodológico debido a los errores y restricciones en los planteamientos y procesos de análisis empleados para estudiarla. Los otros dos aspectos tienen más que ver con las percepciones de los propios egipcios sobre esta región. De este modo, Punt fue tanto una entidad histórica real como una percepción y quimera cultural modelada por una minoría a lo largo de numerosas generaciones basándose tanto en experiencias y recuerdos directos como, y sobre todo, en otros ajenos.

## PUNT COMO PROBLEMA HISTÓRICO Y METODOLÓGICO

Los obstáculos para el estudio de este espacio son numerosos y variados. El primero y más decisivo es que sólo se conoce, como se abundará en la próxima sección, a través de documentación procedente de Egipto. Ésta ofrece información parcial, indirecta y «egiptocéntrica» de Punt que se sesga aún más debido a que las fuentes que la mencionan son escasas y posibilitan interpretaciones tan numerosas como dispares. Esta percepción trizada e indirecta se ha deformado aún más por la forma en que se ha abordado su posible solución. Los objetivos, perspectivas y/o métodos empleados por los historiadores sólo han buscado el dar respuesta a ciertas cuestiones —generalmente

las más difíciles— sin ocuparse de otras «menores» cuyas respuestas podrían haber facilitado nuevas pistas para la resolución de las primeras. Como podrá verse en el capítulo 1, la mayor parte de los investigadores, egiptólogos o no, se han centrado, obsesivamente, en localizar la región en algún punto preciso del mapa del Oriente Próximo y/o del África oriental durante la Edad del Bronce. Hay que reconocer que el presente libro nació motivado por esa misma fijación «geográfica» aunque, poco a poco, acabó orientándose hacia otros objetivos. A fecha de hoy, y pese a los numerosos descubrimientos que están teniendo lugar, la ubicación o ubicaciones de Punt son un problema irresoluble que hacen que la búsqueda de su emplazamiento sea una vía indagatoria estéril que, de momento, ha de ser abandonada porque sus respuestas tienen más de «cuestiones de fe» o «intuiciones» que de soluciones razonables y, sobre todo, verificables.

Hay otras rutas más fructíferas aunque menos fascinantes y ambiciosas para llegar a esta región. Ante el premio tentador que supondría responder definitivamente a su «dónde» (o «dóndes»), la búsqueda de respuestas a sus «cómo», «qué», «cuándo» y «porqué» es una vía menos estimulante pero más realista y también, como se verá, más aleccionadora. Las soluciones a estas preguntas y el tejido que se forme al entrelazarlas permitirán, aunque sólo sea parcialmente, establecer cómo fueron los contactos entre Egipto y Punt y cuáles fueron sus fundamentos e impactos ideológicos y económicos. Estos hechos, a su vez, facilitarán la reconstrucción del contexto cultural, sociopolítico y económico en el que se realizaron tales intercambios, la forma en que se desarrollaron y evolucionaron, y el modo en que se integraron dentro de un ámbito físico y humano mucho más extenso.

Este trabajo, por tanto, difiere de otros anteriores por tratarse de un estudio global y diacrónico que no está obsesionado con el emplazamiento de Punt y sí con su papel económico y cultural en la civilización egipcia. Aunque pueda resultar una obviedad, reivindicar aquí este tipo de estudio «total» y lineal es, por desgracia, necesario. El «dónde» de Punt ha llevado a muchos autores a olvidar los «cuándo» y los «cómo» de los contactos y a ofrecer soluciones homogéneas y unidimensionales formadas por una heterogénea y desordenada amalgama de evidencias procedentes de períodos y contextos culturales muy diferentes. Esta visión sincrónica, aplicada al estudio de la cultura e historia de una civilización como la faraónica, aporta frecuentemente resultados tan atractivos como peligrosos al no reflejar las dinámicas internas de la civilización egipcia ya que ésta, tras su aparente fachada inmutable, fue, ante todo, dinámica. Tras su fachada misoneísta o profundamente tradicional y estática, la cultura egipcia logró conciliar el difícil equilibrio entre las tradiciones pasadas y las innovaciones a través de la permanente aglutinación de ambas mediante una lograda y acertada inser-

ción de lo nuevo en lo viejo. Por supuesto, las nociones y percepciones de Punt no fueron ajenas a este fenómeno dando lugar a una realidad cuya complejidad sólo puede diseccionarse observando su evolución a lo largo del tiempo en diferentes contextos (político, económico, cultural, etc.).

El presente estudio tiene varios objetivos en relación con los problemas históricos y metodológicos de Punt. En primer lugar se analizará cómo fue ese «ruido de fondo», marginal pero no por ello irrelevante, que supusieron los contactos entre Egipto y esa región analizando cronológicamente las constantes y los cambios de las formas de intercambio entre ambas regiones e intentando responder también a los porqués de su existencia. En segundo lugar, las relaciones se emplazarán (y en esto se hará mayor hincapié en próximos apartados) en varios contextos mucho más amplios: el de los contactos de Egipto con sus vecinos meridionales (Nubia, Libia, los desiertos, Arabia, etc.) y, también, el del comercio, distribución y consumo egipcio de los productos exóticos y de lujo procedentes de ese amplio ámbito comercial.

## PUNT COMO REALIDAD HISTÓRICA Y COMO PERCEPCIÓN

Los problemas históricos y metodológicos que plantea el estudio de Punt derivan en gran medida de la naturaleza de dicha región. Tras ese topónimo se ocultan unas realidades y significados complejos y cambiantes que estuvieron vigentes durante más de un milenio de historia. El hecho de que sólo se le conozca indirectamente no permite precisar su historia, su organización, su economía o, incluso, su singularidad o pluralidad: ¿hubo sólo una Punt a lo largo de la historia? ¿fue cambiando de emplazamiento con el tiempo? ¿pudieron existir, incluso, varias a la vez? Las pocas evidencias que hay al respecto muestran un fuerte contraste entre una Punt física, inalcanzable e incapaz de darnos respuestas, y otra percibida que es capaz de contestarnos de forma incompleta, imprecisa y distorsionada a través de los antiguos egipcios. La última, paradójicamente la más cercana a nosotros, contiene una gran riqueza de significados que se mueven, como sucede con la impronta dejada por otras tierras remotas en diferentes civilizaciones, entre la realidad y lo fantástico. En la mayoría de las culturas este tipo de regiones lejanas y productoras de *exotica* y *mirabilia* eran tierras incógnitas, auténticos espacios geográficos en blanco que fueron poblados con riquezas innumerables, animales increíbles y pueblos imaginarios cuya existencia sólo podía deducirse a través de las narraciones de viajeros, de contados productos exóticos supuestamente llegados desde allí o, simplemente, de la imaginación de algún escritor *à la Mandeville*.



Dentro de dicha «geografía mental» (Michalowski, 1986) algunos espacios fueron completamente imaginarios mientras que otros, aunque reales (siempre lo suficientemente lejanos para ser fantaseados, pero, a la vez, lo bastante cercanos para ser percibidos y tenidos en cuenta), fueron divisados a través de un halo donde fantasía, incompreensión, exageración y maravilla estaban entremezclados. En la cultura occidental uno de estos espacios, mitad fingidos mitad experimentados, fueron «las Indias» que desde la Grecia Clásica alimentaron la fantasía y la codicia europeas dando lugar, entre otros fenómenos, a la expansión portuguesa en el Índico y a la castellana en el Atlántico durante los siglos XV y XVI. Para los egipcios Punt fue, *mutatis mutandis*, un territorio similar aunque, en este caso, con una importante carga simbólico-religiosa. Como los jardines colgantes cantados por Paolo Conte, esta región fue la percepción añorante y evocadora de un espacio cuya lejanía, exotismo y antigüedad le confirieron un carácter tan tenue como relevante y polivalente en la cultura faraónica durante más de dos milenios. Pero como esos mismos jardines babilónicos, cuya existencia se conoce gracias a evidencias iconográficas, textuales e incluso arqueológicas deformadas por referencias indirectas e identificaciones confusas consolidadas durante la antigüedad clásica (Dalley, 1994; 1997), Punt también fue, tal y como se observa en un contado número de evidencias textuales e iconográficas, una entidad sociopolítica que, como socio y proveedor comercial de *exotica* para la sociedad egipcia, tuvo poco de fantástica. Esta combinación entre lo ideal y lo real —entre *saudade* y *Realpolitik*— supuso que los egipcios, con su característica óptica caleidoscópica y multidimensional, vieran Punt como un artefacto cultural polisémico en el que sus significados mítico-religioso-fantásticos y político-económicos-tangibles interactuaron entre sí influyéndose unos a otros. Todos ellos dieron lugar a unas percepciones diferentes de ese espacio en las que resulta difícil introducir el bisturí que permita separar sus componentes reales o «históricos» de aquellos imaginados o «ideológicos». Mucho más fácil resulta separar la percepción egipcia de Punt de la creada por los egiptólogos porque en la actualidad esta región, como si se tratara de un juego de muñecas rusas, no es más que un conjunto de ideas actuales sobre unas percepciones más antiguas.

La continuada confluencia a lo largo del tiempo de la imagen de la Punt real, modelada por los pocos egipcios que pudieron visitarla o tratar con sus habitantes, y la de la Punt imaginada, también ideada por un reducido grupo de ideólogos (nada se sabe de su posible existencia en el folclore) configuró, además de un artefacto cultural, una memoria, un recuerdo que, a medida que fue enraizándose en el tiempo, fue idealizándose y perdiendo su significado original de un territorio real para convertirse en una alusión a una tierra imaginaria. Por consiguiente, estudiar Punt supone tanto abordar

un estudio histórico convencional como elaborar un ejercicio de «mnemohistoria» (Assmann, 2003: 21-31) o, en otras palabras, llevar a cabo un análisis del recuerdo de un evento o realidad histórica a lo largo del tiempo y de su evolución semántica.

Como ya se ha señalado, los mejores escalpelos para diseccionar las diferentes naturalezas y orígenes —pasados y presentes— de las percepciones y de la memoria de Punt son el estudio diacrónico de sus contactos con Egipto y de los significados del topónimo en la cultura egipcia, además del análisis de la evolución de los estudios egiptológicos sobre este territorio.

## PUNT EN CONTEXTO: EL ESTUDIO DEL ÁMBITO AFROÁRABE EN LA EDAD DEL BRONCE

Tanto Egipto como Punt no fueron más que dos de los componentes del engranaje de una maquinaria sociopolítica y comercial mucho mayor cuyo funcionamiento es necesario conocer para entender mejor sus componentes menores. El estudio del entorno histórico donde se enmarcaron y desarrollaron los intercambios entre ambas regiones es, por tanto, un requisito imprescindible para dar sentido a una buena parte de las interrogantes antes citadas y para comprender mejor los resultados de su estudio diacrónico ya que permite percibir con más precisión las causas, formas y ritmos de los intercambios del país de las pirámides con el resto de África y, también, sus actitudes frente a sus vecinos del sur.

El estudio de tal contexto geográfico e histórico —que aquí calificaremos, siguiendo a Fattovich, como afroárabe al girar en torno al espacio del mar Rojo— plantea numerosos problemas e interrogantes. En las próximas secciones se tratarán algunos de ellos. En primer lugar, más como un anecdotario de las paradojas que implica un trabajo de estas características que como una declaración de intenciones metodológicas, se subrayará la importancia y limitaciones de los dos instrumentos esenciales para reconstruir ese panorama histórico: la arqueología «material» y la historia «textual», así como la difícil convivencia entre ambas. Los apartados siguientes, más precisos, se centrarán en el modo en que se abordará este análisis en relación con los engranajes del «motor» que movió los contactos internacionales. En segundo lugar se describirá la forma de percibir y clasificar en este trabajo a las sociedades y a los sistemas comerciales imperantes en el área del mar Rojo mientras que en tercer lugar se hará lo correspondiente con las prácticas de reciprocidad comercial y diplomáticas. A continuación se hará referencia a otros medios políticos y económicos de contactos desiguales (no recíprocos) como fueron la guerra, conquista, colonización o influencia cultural para,

por último, hacer lo mismo con los «combustibles» que movieron esa máquina: los productos comerciales que circularon en ese ámbito y el modo en que fueron usados y valorados.

## Arqueología e historia

Un estudio del contexto histórico en el que se desarrollaron los contactos entre Egipto y Punt demanda el uso tanto de fuentes escritas (y aquí también habría que incluir las representaciones artísticas) como arqueológicas (entendiendo estas como aquellas pertenecientes *sensu stricto* a la cultura material anepigráfica). Sólo a través de su uso combinado, de ponerlas en relación o en contraste entre sí, será posible crear un cuadro lo suficientemente completo de las relaciones comerciales y/o diplomáticas en el ámbito del África oriental y del mar Rojo durante la Edad del Bronce. Dada la pobreza de los datos disponibles, no es posible permitirse el lujo de restringir la investigación a un único tipo de fuentes ya que esto dará lugar a interpretaciones parciales y equívocas. Es necesario el uso de ambas a través de un estudio inter- y multidisciplinar donde las interrogantes y los medios para poder responderlas sean heterogéneos y no se limiten al análisis de las fuentes escritas o de la cultura material.

Un análisis combinado de los datos textuales y materiales no es, en cualquier caso, una práctica sencilla. Arqueología e historia han mantenido (y mantienen) con frecuencia un diálogo tenso y contradictorio. La concurrencia de datos arqueológicos y textuales que ofrezcan una imagen nítida o, al menos, reveladora de un evento o aspecto histórico preciso sólo se da en contadas ocasiones que, a medida que se retrocede en el tiempo, se vuelven más raras y lacónicas. Ésta es una de las principales razones del ya citado carácter egipcocéntrico de este trabajo dado que, en el ámbito comercial (que he calificado como afroárabe) y en el período (la Edad del Bronce) estudiados, sólo Egipto empleó sistemas de escritura. El resto de sociedades africanas sólo se conocen parcialmente a través de las fuentes egipcias (el ejemplo más paradigmático de ello es la propia Punt) o, sobre todo, de sus restos materiales.

Es posible que el profano a la investigación de la historia antigua crea, viendo la diafanidad con que se exponen o explican ciertos enigmas y episodios históricos, reinados y épocas, que es fácil reconstruir el pasado y hacerlo de una forma definitiva. Tal idea es, por supuesto, falsa. Como se verá, las certezas y respuestas de la historia de este período son inversamente proporcionales a la montaña de sus dudas y preguntas. Los resultados de las investigaciones de este período pueden verse como un castillo de naipes dis-

puesto a derrumbarse (nunca totalmente) o a temblar peligrosamente ante cada nuevo hallazgo o reinterpretación. Este hecho se debe a que ese edificio está formado por unas cartas (los datos) tan escasas como heterogéneas que se disponen según la información que aportan, poco fiable y oscura, y que, con frecuencia, derivan en numerosos factoides (Yoffe, 2005: 7-8), pseudologías y ucronías. Ni la escritura ni las evidencias materiales ofrecen respuestas unívocas, simplemente marcan unos caminos con márgenes amplios e infinitas bifurcaciones sobre los que cada historiador traza, a través de sus gustos, sensibilidades y formación, su propio itinerario. Texto y objeto aportan, cada uno a su manera, soluciones parciales y limitadas a determinadas cuestiones planteando, a su vez, sus propias interrogantes e incertidumbres. El historiador debe bregar con estas verdades a medias y estos datos incompletos para trazar de la mejor forma posible, salvando las múltiples limitaciones y dificultades, una interpretación del pasado que sea lo más completa, convincente y, sobre todo, razonada posible. Los obstáculos para lograrlo son, como mínimo, tan numerosos y variados como el número de evidencias conocidas y de las interpretaciones que se han hecho de ellas.

Buena prueba de estos problemas son, en lo tocante al estudio de la historia generada desde los textos, los numerosos problemas de índole lexicográfica que limitan la inteligibilidad de los escritos. La documentación del Egipto antiguo está repleta de estos obstáculos siendo en el caso de la relacionada con Punt especialmente pródiga en ellos (recuadros I.1, I.3, I.4, III.3 y IV.4). Sin embargo, los problemas derivados del uso de las fuentes no radican únicamente en la comprensión o no de ciertos términos o aspectos gramaticales. Escritura y arte fueron empleados por los egipcios con unos fines que poco o nada tuvieron que ver con reflejar la realidad ecuanímente. De hecho, las fuentes escritas y artísticas no pueden verse únicamente como información histórica sin más. Cada texto y representación fueron creados con unos fines y un público muy determinados que no pueden ser obviados a la hora de hacer una lectura historicista de la documentación. Un buen ejemplo en el que el *Sitz im leben* de un documento ha de ser tenido muy en cuenta es en si manifiesta el *topos* o la *mimesis* egipcias o, en otras palabras, lo «ideal» o lo «real» (fig. Int.1; Loprieno, 1988). El primero es la expresión de la cosmovisión oficial que se basaba en la percepción del mundo en torno al rey y los dioses como garantes del orden universal o *maat* frente al caos o *isfet*. La segunda, por el contrario, expresaba una visión de la realidad menos sujeta a connotaciones ideológicas oficiales y más cercana a lo particular y cotidiano.

Esta doble visión de ciertos hechos e ideas –cuyos límites entre sí eran con frecuencia borrosos– lleva al investigador a plantearse numerosas du-



FIGURA INT.1. *Topos* y *mimesis* en la percepción del extranjero en el Egipto antiguo. 1) Representación parcial de una «escena de victoria» en un relieve de una capilla de Mentuhetep II (din. XI) en Dyebelein. En ella el rey se dispone a golpear a un enemigo que representa las fuerzas caóticas que amenazan el estado faraónico. Tras él aparece otro personaje, arrodillado, esperando el mismo destino que personifica, según el texto en sombreado, a los nubios-*setiu* (El Cairo RT 24/5/28/5; dibujo a partir de Fiore Marochetti, 2005: 156, fig. 2; Habachi, 1963: 39, fig. 17; lám. 11b). Esta imagen *tópica* contrasta con 2), una estela funeraria privada probablemente coetánea a esa capilla y procedente de la misma localidad. En ella aparece un nubio integrado en la vida social —y religiosa— egipcia. Se trata del soldado Nenu/Sunu, que está junto a su esposa egipcia (su tez de color claro así parece indicarlo) Sejathor y a su hijo Hesebkai que, como él, lleva un faldellín con una especie de delantal típicamente nubio. Tras ellos aparecen en el friso inferior una sirvienta nubia (su color oscuro es igual que el de Nenu/Sunu y Hesebkai) llamada Intef-waw (?) con dos perros (friso inferior) y, en el friso superior, un sirviente, el «criado Guenu», que, por el color rojizo de su piel, parece egipcio si bien su vestimenta parece ser nubia (Boston, MFA 03.1848).

das sobre la interpretación o lectura de las fuentes ya que éstas podían ser bien reflejos de una realidad, bien la constatación de un deseo, bien una mezcla indisoluble de ambos. ¿Cuándo podemos cuestionarnos la historicidad de cierta documentación? ¿Hasta qué punto una escena o inscripción son fiables? En general estas cuestiones no pueden responderse con seguridad salvo cuando cierto dato puede contrastarse a través de diferentes fuentes. Por tanto, salvo contadas excepciones, los documentos escritos ofrecen una versión del pasado incompleta y poco fiable. Dejarse guiar exclusivamente a través de ellas es como creer haber visto una película a través de lo que alguien nos ha dicho de ella. Se podrá conocer a grandes rasgos —si nos la han contado bien— el nudo, la trama y el desenlace, pero se perderán muchos detalles y no se percibirán con claridad ni sus escenarios ni sus protagonistas.

La arqueología plantea tantos o más problemas en relación con la interpretación ya que ha de hacer «hablar» a unos materiales mucho menos elocuentes que a veces ofrecen una información descompensada como sucede con un tema tan importante para nuestro estudio como es el comercio. Con frecuencia, los restos materiales documentan unos intercambios asimétricos o desiguales entre dos regiones debido a la mayor presencia en una de ellas de objetos de la otra. Es el caso, por ejemplo, de las transacciones entre Mesopotamia y el valle del Indo. Mientras que la presencia de la primera en la segunda es prácticamente inexistente, los objetos indios son frecuentes en el Tigris y el Éufrates. Este hecho admite según Lamberg-Karlovsky (1996: 86-90) lecturas muy diferentes pudiendo ser el reflejo de a) una iniciativa india en la comunicación entre ambas regiones; b) una desigualdad en los intercambios a favor de Mesopotamia; o bien c) que los productos mesopotámicos exportados hayan desaparecido por su naturaleza orgánica (comida, textiles) del registro arqueológico.

Cuando «habla», la arqueología cuenta una historia muy diferente a la de los textos e imágenes. A través de la cultura material es posible, por ejemplo, diferenciar en un ambiente de «mestizaje», como el de la Nubia bajo dominio egipcio, diferentes creencias religiosas, gustos gastronómicos o el papel de cada sexo en la transmisión de la tradición o en la adopción de nuevas costumbres (Smith, 2003). Pese a todo, la información que ofrece esta disciplina rara vez es elocuente. Reconstruir el pasado únicamente a través de ella es como intentar reconstruir el argumento de la película antes citada únicamente a través de la entrada o de unos cuantos tráileres o fotos. Sus datos son imprecisos y, por lo general, permiten diferentes lecturas y, dentro de cada una de ellas, abundantes matices.

Buen ejemplo de las limitaciones pero, también, de la importancia del uso de esta disciplina son los tres ejemplos siguientes basados en tres tipos diferentes de yacimiento y de intervención arqueológica. El primero, que tiene que ver con la información procedente de excavaciones muy parciales o de prospecciones superficiales, consistió en una serie de sondeos y reconocimientos realizados en el extremo norte de la isla de Sai, al norte de la Alta Nubia, que delimitaron un recinto cuadrangular de unos  $135 \times 155$  m cuyos muros estaban orientados hacia los puntos cardinales (Hesse, 1982; fig. Int.2). Por las cerámicas encontradas se le asignó un «probable» origen egipcio datándose en el Reino Medio. El espacio, cercado por un foso, debió de estar rematado por algún tipo de empalizada de madera o de arbustos espinosos al modo de las *zeribas* (campamentos) que se conocen hoy en día en el Sudán (Vercoutter en Gratien, 1986: 12). Debido a que lo poco que se ha excavado está bien conservado y no contiene niveles de destrucción y a que en su interior apenas se han detectado estructuras, se puede pensar que se trata

de un posible enclave comercial egipcio en el corazón de Nubia aunque también puede interpretarse como el campamento temporal de una incursión militar egipcia, quizás bajo Senusert I o Senusert III, contra uno de los centros indígenas más importantes de ese período. En cualquier caso, pese a que el hallazgo plantea más preguntas que respuestas, su interés es enorme ya que ha revelado la presencia de actividades egipcias durante el Reino Medio mucho más al sur de lo que se suponía.

El segundo ejemplo está en relación con la información procedente de la excavación *in extenso* de un yacimiento o de parte de él que, en general, permite precisar mejor su datación, evolución y función pero que no siempre permite desentrañar con total certidumbre la función del lugar excavado. Es el caso de otro centro egipcio del Reino Medio en Nubia: Semna Sur. Éste, dejando a un lado Sai, fue el asentamiento egipcio más meridional de dicho período. Durante la campaña de salvamento de Nubia en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo el lugar fue excavado prácticamente en su totali-

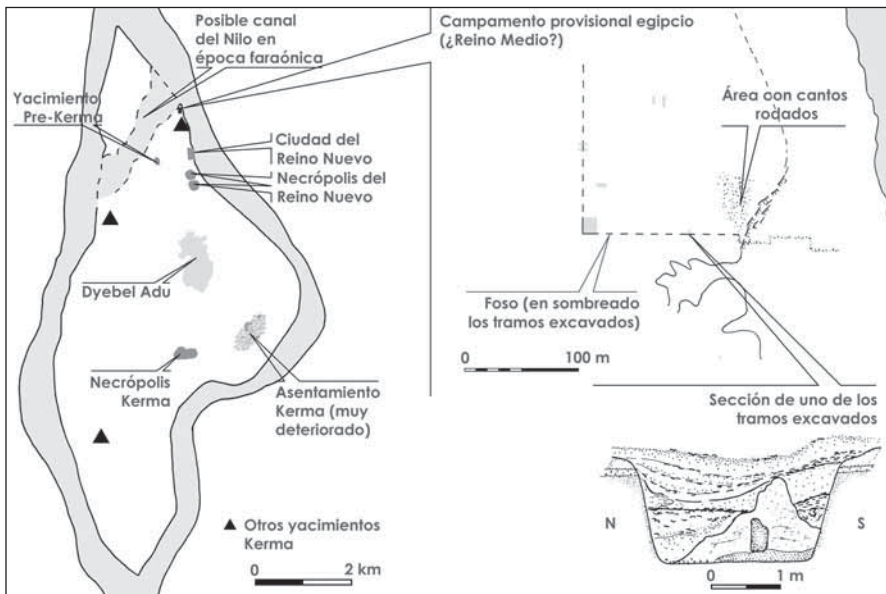


FIGURA INT.2. Un yacimiento egipcio del Reino Medio en Sai. En lo que debió de ser el espigón septentrional de la isla, se emplazó un recinto rectangular fosado que, por las cerámicas halladas en él, parece ser del Reino Medio. Su emplazamiento estratégico en la isla y su cercanía a un importante centro indígena permite pensar tanto en una función militar como comercial (dibujo de la isla a partir de Geus, 1996: 1167, fig. 2; 1171, fig. 5; el recinto y la sección de los tramos excavados han sido tomados de Hesse, 1982: 47, fig. 2; 48, fig. 3; 49, fig. 4b).

dad (Žábkar y Žábkar, 1982) pudiéndose identificar incluso su nombre: «quien golpea a los habitantes de la tierra de Seti (i.e. Nubia)». Pese a los resultados de la excavación y a los datos epigráficos, su papel dentro del *limes* egipcio en Nubia es un misterio. La fortaleza, muy pequeña, estaba en el extremo sur de una muralla que defendía un extenso tramo de la orilla occidental del Nilo en esa zona (fig. III.2.1). Su interior, prácticamente vacío, no ofreció ningún indicio claro sobre su finalidad aunque, como se verá en el capítulo 3, quizás funcionase más como un emporio comercial o zona franca en los contactos entre Egipto y el reino nubio de Kush que como el centro militar que parece sugerir su nombre.

Incluso la información procedente del tercer tipo de yacimientos, los intactos y ricos en materiales, plantea dificultades en su interpretación. El ejemplo más paradigmático al respecto en egiptología es la tumba de Tutankamón cuyos tesoros, pese a su cantidad y variedad, no han respondido a muchas cuestiones de la confusa historia de ese período. Otra buena paradoja sobre el laconismo de ciertos hallazgos indemnes o excepcionalmente pródigos, y que involucra tanto a la egiptología como a otras muchas disciplinas del estudio del Próximo Oriente antiguo, es el pecio de Uluburun (fig. 5.12). Con dicho nombre se conocen los restos de un barco naufragado frente a la costa meridional de Anatolia en torno a siglo XIV-XIII a.C. que es el mejor exponente, entre otra serie de pecios, de la amplitud de movimientos de los mercaderes por el Mediterráneo oriental durante el Bronce final. La variedad de su cargamento, formado, como se verá en el capítulo 5, por productos procedentes de muy diferentes puntos de Asia, África y Europa, ha llevado a ciertos estudiosos a proponer diferentes itinerarios para la nave antes de hundirse. Sin embargo, las únicas certidumbres sobre su trayecto son dos escalas, una en un puerto indeterminado de Chipre y otra en otro desconocido de la costa siropalestina. También es debatible el origen de su tripulación que podría ser chipriota o, más probablemente, micénica aunque cualquier criterio para su identificación (basándose en el origen de la vajilla y en los instrumentos empleados por la tripulación) no es definitivo (Wachsmann, 1998: 211-212). Como la tumba del propio Tutankamón, este pecio es un conjunto muy rico de objetos que apenas informa sobre las causas del naufragio, sobre su itinerario o sobre el origen de su tripulación.

La elocuencia de yacimientos como Uluburun o como el enterramiento del faraón niño dependerá de la cantidad y variedad de cuestiones que se hagan sobre ellos. Aunque las preguntas esenciales no puedan responderse, otras, que pese a ser menos evidentes no dejan de ser irrelevantes, sí pueden ser resueltas ayudando a aclarar o solucionar las primeras. En este sentido Uluburun adquiere una vida y un valor extraordinarios a la luz de ciertos



textos casi coetáneos procedentes de Amarna o Ugarit que informan de fletes similares. La variedad y riqueza del cargamento muestran además el grado de «globalización» de unos mercados con unos medios de transporte y de producción limitados, pero en los que el volumen de mercancías intercambiadas pudo ser mayor de lo que se suponía. La ingente cantidad de resina de terebintácea, de estaño y, sobre todo, de cobre embarcados en la nave contrastan con las cifras, mucho menores, dadas en muchos de los archivos oficiales de ese período. Este hecho, unido a la posibilidad de que el barco pudiera formar parte de un convoy, muestra que la circulación de bienes pudo ser muy intensa y pudo discurrir por mercados o circuitos comerciales paralelos a los establecidos y registrados de forma oficial por las cancillerías de los estados del Oriente Próximo (Liverani, 2003b: 123-125; Singer, 2006: 258).

## Sociedades y sistemas comerciales

Tanto Uluburun como algunas de las interpretaciones de Sai y de Semna Sur llevan a uno de los aspectos más problemáticos y complejos de este estudio: el de la definición de las redes comerciales de la antigüedad y de las sociedades que estuvieron detrás de ellas. Egipto y Punt —donde quiera que ésta se encontrase— formaron parte de una compleja trama de intercambios comerciales dentro de un espacio muy extenso poblado por un amplio y variado número de pueblos. La heterogeneidad de los paisajes naturales, sociales y económicos que configuraron estos circuitos y su carácter dinámico y cambiante a lo largo del tiempo ofrecen como resultado, pese a que sólo nos hayan llegado algunos restos trizados de ellos, un conjunto múltiple de procesos y acontecimientos. La complejidad de estas redes se observa en cada uno de los elementos que las integraron, desde los productos comerciados en ellas hasta las formas y procesos de intercambio de éstos pasando por las rutas, los intermediarios, las sociedades que los sustentaron o el significado simbólico de los bienes intercambiados y de la propia acción del canje.

Muchos de los elementos de esta complejidad y de su evolución se irán viendo a lo largo del libro. En esta introducción sólo me centraré en dos aspectos que, creo, exigen algún tipo de explicación y disculpa. El primero guarda relación con la variedad de las entidades sociopolíticas por las que discurrieron las rutas comerciales y la dificultad para definir las. Los conocimientos que se tienen de estas sociedades son, obviamente, muy desiguales. Mientras que Egipto es la mejor conocida gracias a sus fuentes escritas y sus abundantes restos arqueológicos, el resto de sus vecinos africanos sólo son conocidos a través de la cultura material que, en algunos casos (las culturas del Sudán central

o del Cuerno de África) sólo es conocida a través de un número muy limitado de excavaciones y estudios. Esta circunstancia supone que sea muy difícil evaluar, por ejemplo, qué papel desempeñaron en estas redes y, por supuesto, cómo actuaron en ellas cada grupo o sociedad. A esta dificultad se le suma, incluso, el problema de su definición. En este párrafo el lector habrá observado que se ha hablado de «entidades sociopolíticas», «sociedades» e incluso de «civilizaciones» o «culturas» con el fin de designar —con mayor o menor fortuna— a grupos humanos organizados (no necesariamente en una única entidad política) con unas características propias que les distingue de otros.

Si ya de por sí la definición de esta unidad básica de estudio resulta difícil, mucho más lo es el precisar su forma de organización y su posición «jerárquica» respecto a otras sociedades. En este libro he sido muy reacio a emplear y/o diferenciar términos tales como «banda», «tribu», «jefatura» o «estado» (por utilizar algunos de los términos usados por Elman Service) o «sociedad igualitaria» «estratificada», «jerárquica» o «estado» (por emplear los propuestos por Morton Fried) (Service, 1962; Fried, 1967; Renfrew y Bahn, 1993: 162-165; Chapman, 2003: 33-70). Estas terminologías como otras derivadas de ellas han intentado clasificar y ordenar en varios grados, niveles o grupos el desarrollo de la complejidad de las sociedades «primitivas» y del pasado que no siempre es irreversible. Esto es, una «jefatura» no tiene por qué estar avocada a convertirse en estado y éste no tiene por qué haber evolucionado a partir de una jefatura (Liverani, 1998c; Yoffe, 2005). Tal tentativo de clasificación, a veces motivado más por prejuicios de los investigadores que por criterios sólidos, es tan inútil como ponerle puertas al campo. Aún a riesgo de que se me tache de relativista (lo soy), la experiencia indica que todo modelo clasificatorio, por complejo que sea, no puede comprender de forma neta y sin ningún tipo de conflicto el vastísimo espectro de sociedades conocidas. Dichos esfuerzos son, en palabras de Chapman (2003: 41) siguiendo a Yengoyan, «intentos de representar la realidad más que (reflejar) la propia realidad». En este sentido, el único término que se ha empleado con cierta propiedad (siempre siguiendo las definiciones de Service) pero también con cierta libertad e incredulidad es el de «estado» mientras que términos como «jefatura», «reino» o «tribu» se han usado con bastante mayor imprecisión para referirse a las sociedades «complejas» —otro adjetivo tan expresivo como impreciso— no equiparables al «estado».

El segundo aspecto tiene que ver con la definición y reconstrucción de las redes comerciales que unieron a esas sociedades tan dispares y con su mecánica y modos de interacción entre ellas. El entramado comercial y diplomático que puso en relación a áreas muy distantes entre sí en torno al Nilo y al mar Rojo fue tan complejo y dinámico como las sociedades que recorrió. En cada momento de su historia este conjunto de rutas y procesos comerciales

estuvo formado por una gran variedad de itinerarios, prácticas, intermedios, socios comerciales y, por supuesto, productos. Durante la Edad del Bronce o, al menos, durante parte de ella, Egipto parece haber sido su principal vía de contacto con la trama comercial que se desarrolló a lo largo del Mediterráneo oriental y el Creciente Fértil y cuyas ramificaciones alcanzaron espacios tan remotos como el Báltico o Afganistán.

Tanto las redes comerciales afroárabes como proximoorientales formaron parte de una urdimbre de relaciones comerciales y políticas que han sido denominadas como un «sistema-mundo» (Wallerstein, 1974; Algaze, 2004; Boor, 2003) o, también, como un «sistema regional» (Liverani, 1998c) o, simplemente, como un «ámbito comercial». Por supuesto, dar a este ámbito categorías tales como la de «sistema-mundo» requiere una explicación. Como en el caso de la clasificación y denominación de las sociedades, aplicar una etiqueta a una realidad compleja (sistema-mundo, sistema regional o ámbito comercial), a un período (Edad del Bronce) o a un espacio (él afroárabe) es tan cómodo como impreciso aunque, en estos últimos casos, la reducción de la complejidad a un nombre o expresión es necesaria. Mientras que en el caso de la calificación sociopolítica el uso de término como «estado» o «jefatura» conlleva aceptar unas realidades muy concretas, la aceptación de expresiones como «Edad del Bronce» o «sistema, red o ámbito afroárabe» supone emplear marcos más genéricos e inocuos, propios de un espacio tan poco conocido e indefinido como el estudiado, y, también, más flexibles y tolerantes a matizaciones y críticas.

Las interacciones, subordinaciones y asimetrías económicas y políticas creadas por los contactos comerciales y diplomáticos en el ámbito afroárabe (o en cualquier otra trama comercial) sin duda dieron lugar, desde la perspectiva actual del investigador, a la existencia de centros y de periferias (Rowlands, Larsen y Kristiansen, 1987; Nocete, 2001). Por desgracia, dados los escasos conocimientos sobre las sociedades del área, resulta difícil poder precisar el grado y las formas de dependencia y de «periferización» de cada región respecto a sus vecinos. De hecho, «centro» y «periferia» son términos expresivos pero vacuos cuya atribución a una u otra sociedad depende en gran medida de la percepción de cada estudioso. No cabe duda, en cualquier caso, que Egipto fue uno de los centros prístinos y principales de esta jerarquía aunque, desde luego, no fue el único. El reino de Kush y, quizás, la sociedad o sociedades en torno al delta del Gash también debieron de desempeñar la función de centros frente a otras entidades periféricas de menor relevancia económica y política como, por ejemplo, las de la Baja Nubia o las de las áreas desérticas.

El contacto entre «centros» y «periferias» dio lugar a un paisaje complejo en muchos aspectos. La interacción entre ellas dio lugar a que «periferias» relativamente desorganizadas fueran desarrollando estructuras sociales cada

vez más jerarquizadas al verse favorecidas o potenciadas en ellas sus élites. También, como si se tratase de nuevo de un juego de muñecas rusas, muchas sociedades debieron de ser centro y periferia simultáneamente. Así Kush debió de ser una sociedad central en la vertebración de las relaciones comerciales del Sudán septentrional pero, a la vez, debió de ser en ocasiones una periferia de Egipto. Lo mismo quizás pueda decirse, aunque las evidencias son mucho más vagas, de sociedades como las sudanesas del delta del Gash o las yemeníes de la cultura de Sabir respecto a otras sociedades circundantes, técnica y socialmente menos desarrolladas.

Por lo poco que se sabe de él, el ámbito comercial afroárabe se basó en el intercambio de productos elaborados producidos por los centros por otros semiprocados o por materias primas procedentes de las periferias. Todos estos bienes —tanto «centrales» como «periféricos»— debieron de ser considerados por aquellos que los obtenían como bienes de prestigio (que aquí se llamaremos con frecuencia *luxuria* y *exotica*) destinados a las élites. Los contactos entre Egipto y Punt se fundaron en gran medida en este intercambio, a nuestros ojos claramente desigual o «asimétrico», pero que, sin duda, satisfizo a ambos socios comerciales o, para ser más precisos, a sus grupos gobernantes. Que a medio o largo plazo tales relaciones beneficiaran a unos (los centros) y perjudicaran o simplemente no supusieran ningún tipo de ganancia sustancial a otros (las periferias) es algo que en el momento de su realización ninguno de los interlocutores comerciales —o al menos la periferia— supieron con certeza y que, desde nuestra atalaya del presente, resulta muy arriesgado valorar (Liverani, 2003a: 229-233).

## La política exterior egipcia en el ámbito afroárabe: objetivos e instrumentos

¿Cuáles fueron los objetivos principales de la política exterior egipcia en el ámbito comercial afroárabe? ¿Estuvieron dictados por unas necesidades de origen interno o externo? A lo largo de toda la historia faraónica se perciben, sobre todo, dos fines esenciales de esa política: proteger las fronteras meridionales de Egipto y las de sus dominios en Nubia (recuadros II.3, III.2 y IV.1) y asegurarse el acceso a los productos de las redes comerciales afroárabes. La realización de ambos objetivos estuvo condicionada o dictada, como se verá, por la interacción con otras sociedades y culturas y, también, por coyunturas internas y externas, humanas (guerras, cambios políticos...) y naturales (sequías, plagas, inundaciones...), que no fue capaz de controlar.

Los medios para llevar a cabo esas políticas fueron diversos y debieron de ser tan ricos como los ejecutados en el ámbito proximooriental. Éstos pueden

dividirse en dos grandes grupos: los dirigidos a unas relaciones recíprocas y los dirigidos a unos contactos asimétricos. La simultaneidad o yuxtaposición de la práctica de estos medios en los contactos entre las diferentes sociedades estuvo condicionada por diferentes circunstancias derivadas de la propia interacción entre sus diferentes protagonistas y por las mismas coyunturas o circunstancias citadas en el párrafo anterior.

### *Relaciones recíprocas: comercio y diplomacia*

Las relaciones recíprocas interestatales o interregionales pueden definirse como las basadas en la igualdad teórica entre sus participantes. Son relaciones pacíficas fundadas en el intercambio mutuo de bienes o favores o en la creación de alianzas o pactos que están regulados por un código preestablecido común dentro de un ámbito extenso. En el sistema-mundo o ámbito afroárabe, las relaciones que cohesionaron este tipo de contactos son difíciles de definir dada la ausencia o parcialidad de datos materiales y escritos al respecto aunque, sin duda, debieron de tener tanto un carácter comercial como diplomático.

Detrás del adjetivo «comercial» se vislumbran numerosas formas de contacto, de intercambios y de significados no sólo de contenido económico sino también político. El comercio no debe verse únicamente como un tomay-daca de productos vacío de sentidos e intenciones. Si la actividad comercial puede considerarse un diálogo a través del intercambio de materiales, es posible decir que en el sistema-mundo africano se hablaron muchas lenguas y se transmitieron muchos mensajes. Los «lenguajes» o, en otras palabras, las diferentes formas de transacción son poco conocidos en este ámbito. La documentación arqueológica y textual no ofrece demasiados datos sobre su «gramática». De hecho, el registro arqueológico apenas deja entrever algo más que la extensión geográfica de las redes comerciales gracias a la difusión espacial de determinados productos. Los modos de intercambio son, por tanto, casi desconocidos y sólo pueden reconstruirse, con muchas incertidumbres y tiento, a través de la documentación escrita procedente de Egipto, y mediante la búsqueda de paralelos en otras regiones y/o períodos que ofrecen una gran variedad de formas de contacto comercial (Renfrew, 1975: 41-54; Renfrew y Bahn, 1991: 336) o, incluso, permiten calcular la posible influencia de la distancia en el valor de los productos intercambiados a través de ellas (Renfrew, 1977; Ruiz-Gálvez Priego, 1998: 43-47).

El conocimiento de los mecanismos de comercio y de los sistemas económicos asociados a ellos en la antigüedad es, salvo excepciones, impreciso. Un ejemplo de ello son las diferentes polémicas derivadas de la interpretación del funcionamiento de sus mecanismos y del origen de sus actores. En rela-

ción con la mecánica de la economía, el largo e irresuelto debate entre primitivistas/sustantivistas y modernistas/formalistas es el mejor ejemplo. Los primeros (Bücher, Polanyi, etc) creen que la economía antigua (anterior al siglo IV a.C.) siguió reglas y funcionamientos ajenos a los de la economía actual, basados sobre todo en su carácter estatal, en la redistribución, en la reciprocidad y en el intercambio comercial; y en donde la idea de lucro, al menos tal y como se entiende en nuestra sociedad, aún no era clara. Los segundos (Meyer) piensan, por el contrario, que durante la Antigüedad se siguieron modelos económicos similares basados en la relación intrínseca entre OFERTA  $\leftrightarrow$  DEMANDA  $\leftrightarrow$  PRECIO y, por supuesto, en la obtención de beneficios y, por ello, de lucro.<sup>1</sup> Por supuesto, adscribirse categóricamente a uno de estos dos «bandos» interpretativos es una pirueta arriesgada y estéril ya que las evidencias muestran continuamente que la economía antigua no puede encuadrarse en un único modelo económico y mucho menos en uno basado únicamente en el comercio y en la distribución (van de Mieroop, 2004).

La polémica relacionada con la naturaleza de los diferentes actores de las iniciativas comerciales es igualmente espinosa. Como se verá, la documentación escrita parece sugerir que los intercambios interregionales egipcios fueron, ante todo, de naturaleza estatal dejando poco espacio para aventuras privadas. Según esta visión, los faraones fueron los promotores y beneficiarios de los contactos comerciales y, también, los agentes redistribuidores de los *luxuria* a la élite. Esta percepción, derivada de ciertos documentos relacionados con la corona y las clases altas, es cierta en casos como el de Punt. Sin embargo, en relación con otras regiones, probablemente sólo sea una fachada, vistosa y parcial, de un sistema económico mucho más complejo en el que, sin duda, coexistieron una esfera estatal y otra privada que los historiadores, con la documentación que se tiene a mano, aún no han logrado interpretar e integrar armónicamente (Kemp, 2006<sup>2</sup>: 302-335).

Los datos sugieren que las iniciativas económicas en el exterior estuvieron bajo un un severo monopolio del aparato estatal faraónico. Hay, pese a todo, indicios que permiten pensar que, a la sombra del estado, existieron

1. Los estudios sustantivistas en el Próximo Oriente (Egipto parece haber quedado en gran medida al margen) tienen sus mejores exponentes en la «escuela italiana» formada por autores como Liverani (2003a) y Zaccagnini (1973). La escuela formalista –reconocida por muchos autores implícitamente pero pocas veces reflejada en estudios concretos– es defendida por autores como Silver (1985; 2004). En el caso egipcio las posturas no son extremas aunque hay tendencias modernistas en estudios como los de Kemp (2006)<sup>2</sup> o Warburton (1997). Janssen (1975a), sin embargo, parece estar más a favor (en el caso particular de Deir el-Medina) de una estructura sustantivista aunque con ciertos elementos de carácter formal. Para algunas síntesis sobre las diferentes escuelas véanse Aubet (1994: 92-131; 2007: 21-55); van de Mieroop (1999: 106-123; 2004).

otras iniciativas de carácter privado que, sin ser tan llamativas en sus capacidades y resultados, pudieron suponer la entrada en Egipto de productos extranjeros por y para particulares o permitir la difusión y distribución de parte de los *exotica* obtenidos originalmente por el estado a lugares y grupos donde, de otra forma, nunca habrían llegado. También hay que tener en cuenta que el comercio exterior egipcio no se basó únicamente en la recepción por parte egipcia de esos bienes sino que dependió también, por un lado, del éxito de sus aventuras comerciales para obtenerlas y, por otro, de las iniciativas de los pueblos vecinos «periféricos» para comerciar con la tierra de los faraones y que, por lo general, suelen ser obviadas por la carencia de datos que las ilustren (Lamberg-Karlovsky, 1996: 88).

La dificultad para entender los mecanismos comerciales del pasado, no obstante, no radica sólo en hacer desembocar en un único modelo estructuras primitivistas y modernistas, aspectos de las políticas interior y exterior o ámbitos privados y estatales. El principal problema subyace en la propia naturaleza de la economía que, como gestora y reguladora de las relaciones de bienes entre personas de una misma sociedad o de varias diferentes, es una realidad laberíntica y poderosamente homeostática en la que se superponen diferentes estructuras y niveles de actuación que dan lugar a numerosas interrogantes. Así, en la faceta estatal de la economía interna egipcia (o de cualquier otra sociedad del Próximo Oriente antiguo) hay numerosas cuestiones sobre la interacción entre las dos principales instituciones «públicas»: el Palacio (o, de forma más apropiada y extensa, el estado) y el Templo. En el caso egipcio las relaciones entre el primero y algunos templos sólo puede discernirse en momentos muy precisos y parecen mostrar un vínculo complejo, segmentado, con numerosas independencias (pero también abundantes nexos de unión) y no sujeto a cánones fijos no ya sólo entre ambas instituciones sino, incluso, entre unos templos y otros, como es el caso del de Amón en Karnak con los de la orilla occidental de Tebas en época ramésida (Haring, 1997; Warburton, 1997: 300-326; recuadro V.4).

Otro problema para reconstruir los contactos comerciales (y diplomáticos) tanto recíprocos como desiguales es de naturaleza lexicográfica. Con frecuencia la interpretación de los textos egipcios se ve dificultada por la asunción de que el significado de ciertos términos es equivalente a una realidad actual o, simplemente, por la incapacidad para entenderlos. Aunque se han realizado algunas contribuciones importantes para su comprensión (Lorton, 1973; 1974; Galán, 1993; 1995; 1997) quedan aún ciertos términos básicos cuya vaguedad semántica impiden entender totalmente los mecanismos comerciales y diplomáticos internacionales. Es el caso de los términos *inw*, *b3kw* y *bi3* (que aquí he traducido de forma convencional como «productos», «contribuciones» y «maravillas» respectivamente, véase Galán, 2002: 33-

34). Estos vocablos aparecen con frecuencia en relación con los «tributos» o «mercancías» traídas por los extranjeros ante el faraón en las escenas e inscripciones. Unos y otros se han traducido de diferentes formas y han dado lugar a diferentes estudios y polémicas que aún hoy no han encontrado consenso (Bleiberg, 1988; 1996; Janssen, 1993; Warburton, 1997: 221-257; Spalinger, 1996; 2005: 110-133; Liverani, 2003a: 241-256).

Pese a su papel secundario dentro de la economía de una sociedad, los contactos diplomáticos interestatales fueron, sin duda, los de mayor resonancia y pompa al involucrar a diferentes clases gobernantes y al depender de ellos importantes iniciativas políticas y económicas y, también, objetivos y ventajas de tipo ideológico. La diplomacia fue, pese a su planteamiento inicial de reciprocidad, un instrumento esencial para el establecimiento entre los diferentes países, de lazos de dependencia y/o subordinación política en un juego basado, en palabras de Mario Liverani (1990), en el prestigio y el interés. La acción de «regalar», «donar» o demandar unos presentes, unidos a otros gestos y expresiones protocolarios, han de verse así como partes de un lenguaje que servían para crear nexos de unión interestatales y reforzar los lazos de amistad y concordia establecidos previamente o, por el contrario, para expresar desacuerdo, enfado u hostilidad (Morris, 2006; Minářova, 2007).

Pero ¿hubo realmente una política diplomática durante la Edad del Bronce? La respuesta es, sin duda, afirmativa siempre que se entienda el término «diplomacia» en un sentido lato que permita incluir en él prácticas y normas inéditas en las relaciones diplomáticas actuales (Berridge, 2000). Las pruebas más significativas de su existencia se encuentran en diferentes archivos del Bronce final proximooriental como los de Amarna en Egipto, de Hattusas en Anatolia o de Ugarit en Siria aunque es muy probable que la sintaxis de las prácticas diplomáticas de esta época se gestaran en el Bronce temprano y en el Bronce medio como se deduce de archivos como los de Ebla o Mari. Como se verá, en el ámbito afroárabe hay indicios de prácticas similares que muestran que los contactos entre Egipto y sus vecinos meridionales pudieron ser tan sofisticados como los ejecutados en el Creciente Fértil aunque no hayan sido registrados por escrito.

### *Relaciones desiguales: conquista, dominio e influencia egipcios en África*

Junto a los contactos comerciales y diplomáticos recíprocos, o sustituyéndolos, hubo otros procesos que modelaron las relaciones internacionales políticas y económicas fundándose en la unilateralidad y en la fuerza o, en otras palabras, en contactos en los que un estado hacia prevalecer a través de su superioridad militar y/o su influencia política y económica su voluntad.



Guerra, conquista y dominio militar directo formaron parte de los instrumentos conformadores de esos contactos «asimétricos». De hecho, hasta no hace mucho, la mayor parte de los egiptólogos describieron las relaciones egipcias con el resto de África en términos eminentemente «militaristas» o «imperialistas» reflejando el dominio directo y/o la coacción indirecta del poder político-militar faraónico «civilizado» y superior sobre unas poblaciones africanas «salvajes», poco desarrolladas, débiles e inferiores. Esta percepción, debida en parte a la ausencia de evidencias arqueológicas y a ciertos prejuicios fundamentados en la lectura literal de las inscripciones y de las representaciones artísticas «tópicas» egipcias, ha ido transformándose profundamente en las últimas décadas (Morkot, 1991; 2000). Gracias a nuevos hallazgos y a relecturas de la documentación ya conocida, el panorama de las relaciones entre Egipto y el ámbito afroárabe (y en especial Nubia) se ha enriquecido y lo que en un principio parecía un escenario donde la fuerza militar egipcia campaba a sus anchas sin apenas resistencia, ha ido tornándose en otro más enrevesado donde la aparición de nuevos protagonistas como Kerma o las culturas del delta del Gash permite suponer una trama de las relaciones más compleja y compensada. Esta igualdad, en cualquier caso, no supone que haya que pasar por alto las iniciativas de conquista militar, ocupación y aprovechamiento egipcios en áreas como la Baja Nubia y los procesos secundarios derivados de ellas (aculturación o resistencia de la población nativa) ya que ejercieron una huella profunda sobre áreas muy extensas durante mucho tiempo.

Dejando a un lado sus aspectos militares (Gnirs, 1996; Spalinger, 2005), son muchas las formas en que se han descrito, clasificado o interpretado las formas de conquista egipcias de Nubia y los medios de control faraónicos sobre esa región y sus habitantes. Por lo general, su definición ha consistido, como es habitual en cualquier tipo de estudio sobre el pasado, en extrapolar a la Antigüedad, como si de una *translatio imperii* a la inversa se tratara, modelos teóricos basados en experiencias recientes. De este modo la ocupación egipcia en Nubia durante los Reinos Antiguo y, sobre todo, Medio y Nuevo ha sido definida con términos manidos y vacuos como «imperio» o «colonialismo» (Kemp, 1978; Frandsen, 1979; Smith, 1991a; 1995). Esta aplicación deductiva, tan legítima como cualquier otra forma de estudio, conlleva un problema esencial. Definir la presencia egipcia en Nubia durante el Reino Nuevo con tales términos a partir de su parangón con modelos recientes basados, por ejemplo, en la ocupación británica en la India o en Norteamérica supone meter las prácticas egipcias en una caja que no se corresponde ni a su tamaño ni a su forma (Alcock *et al.*, eds., 2001). Igual que a nadie se le ocurriría meter un camión en una cajetilla de cigarrillos, habría que ser conscientes de que cualquier proyección a través de analogías del pasado en el

presente —y viceversa— es forzada aunque la historia sea, en su esencia, el juego de traducir y traer a nuestros días los acontecimientos pasados.

Si bien es cierto que resulta imprescindible (sobre todo en los análisis estrictamente arqueológicos de los datos) encontrar, a través de la deducción, paralelos y referentes actuales que sirvan de puente para enlazar con la Antigüedad, éstos deberían de ser entendidos como instrumentos en la investigación y no como un mapa detallado que haya que seguir aplicadamente para alcanzar la comprensión de una realidad pretérita. Como ha sugerido Chris Gosden (2004) precisamente en relación con la idea de colonialismo en la antigüedad, es necesario crear modelos (¿o no sería más adecuado hablar de interpretaciones singulares de casos particulares?) independientes de las experiencias actuales y basados en la información procedente del pasado. Aunque, paradójicamente, el modelo de colonialismo antiguo que propone, que denomina como «colonialismo en un medio cultural compartido» (*colonialism within a shared cultural milieu*) y que se basa en la preeminencia cultural de la potencia colonial, no coincida con las prácticas egipcias en Nubia en períodos como el Reino Medio, la idea de Gosden es relevante. Al igual que hacen los sustantivistas en el estudio de la economía, hay que desconfiar de la aplicación del hoy para entender el ayer. Llevar a cabo dicha postura es una tarea utópica porque, como hijos de nuestro propio tiempo, resulta imposible, despegar los pies del momento en el que se vive (el empleo del término «colonialismo» por Gosden, heredado de la terminología de la Historia Moderna y Contemporánea, es buena prueba de ello). No obstante, convendría ser algo primitivistas ante estas extrapolaciones para evitar que la interpretación del pasado sea sólo un mero reflejo de los prejuicios y modelos adquiridos del presente o de la historia más próxima, aunque también habría que evitar la negación sistemática de la existencia de paralelismos y similitudes —que sin duda existen— entre ambas épocas.

Las relaciones asimétricas entre Egipto y el ámbito afroárabe variaron según el momento y la región. A pesar de ello, la política egipcia en ese ámbito, y en especial en relación con Nubia, muestra unas pautas generales que también pueden aplicarse, salvando las distancias, al mundo siropalestino. Los contactos dependieron en gran medida de la debilidad o fortaleza del estado egipcio. De este modo, en períodos de crisis (coincidentes sobre todo con momentos de descentralización política) las relaciones con el Sur fueron pacíficas con el fin de mantener a salvo la frontera meridional y el acceso a los *exotica* y recursos africanos. En períodos de prosperidad (períodos de un Egipto bajo un poder central) este carácter cambió radicalmente. Los egipcios mantuvieron, cuando fue posible, una política militar con el fin de someter o intimidar a sus vecinos inmediatos ocupando sus territorios, contro-

lando sus órganos de poder, aprovechando sus recursos y/o asegurándose el acceso a productos procedentes de las redes comerciales afroárabes.

Guerra e intimidación fueron sólo algunos de los mimbres con los que se tejieron las relaciones asimétricas entre Egipto y los territorios conquistados. Otro elemento de gran importancia fue la influencia cultural y política que el conquistador pudo ejercer sobre los territorios que controlaba y, por extensión, sobre otras áreas periféricas fuera de su poder. Esta influencia o aculturación puede percibirse a través de dos fenómenos antagónicos pero estrechamente unidos que, pese a haber sido frecuentemente aceptados en otras parcelas de los estudios históricos, han sido poco frecuentados por la historiografía egiptológica: la asimilación y la resistencia (Higginbotham, 2000; Smith, 2003). Como se verá, la Baja Nubia durante dos períodos diferentes, los Reinos Medio y Nuevo, ejemplifica con claridad ambas facetas del gobierno egipcio sobre los territorios conquistados. En el Reino Medio el dominio faraónico sobre esa región no parece haber ido más allá del control de su territorio, de sus recursos y de las rutas comerciales que la atravesaban. Los contactos entre egipcios y nubios parece haber sido escasos, dando la sensación de que unos y otros se dieron la espalda. Este fenómeno, que puede verse como un caso de resistencia cultural y, en menor grado, política, contrasta con lo acaecido en la misma región durante el Reino Nuevo, cuando buena parte de los indígenas adoptaron la cultura faraónica a costa de la suya propia.

Resulta muy difícil determinar, especialmente en una sociedad como la nubia, que no registró por escrito sus ideas, los motivos por los que resistió primero y luego aceptó la influencia cultural egipcia. Sin duda en ambos períodos hubo simultáneamente, aunque con intensidades diferentes según el momento, fenómenos de resistencia, de mestizaje o de egipcianización. La menor o mayor aceptación de los sistemas sociopolítico y cultural egipcios por parte de los territorios sometidos o vecinos pudo tener mucho que ver con hechos de índole sociopolítica. La resistencia nubia durante el Reino Medio coincide con un momento en el que la población indígena sojuzgada parece haber estado políticamente descabezada mientras que la rápida egipcianización de la Baja Nubia a comienzos del Reino Nuevo coincide con la existencia de jefaturas locales y, quizás, con una situación política especial en la que una Baja Nubia «liberada» del yugo de Kush pudo «abrazar» la cultura de un Egipto «redentor». En este nuevo paisaje político, con élites locales favorecidas por los egipcios, el proceso de aculturación faraónica de Nubia pudo verse estimulado a través de lo que Higginbotham ha calificado como «emulación de las élites» (*elite emulation*) en relación con la Palestina ramésida y que conlleva la adopción por parte de las clases gobernantes indígenas de símbolos de estatus de las élites del grupo invasor (nombres, há-

bitos, vestidos, arte, etc.) que, supuestamente, son «superiores» a los de los invadidos. A su vez, estos atributos y rasgos de la cultura del invasor se divulgan, a través de un proceso de «transferencia de estatus» (*status devolution*), entre el resto de la población local (fig. Int.3). Una vez lograda la egipcianización total o parcial de la Baja Nubia a través de esos fenómenos, las élites locales parece que perdieron su relevancia paulatinamente reapareciendo en las fuentes y en el registro arqueológico sólo esporádicamente quizás por motivos de cercanía personal de algunos de sus miembros a la corte egipcia o por otras circunstancias desconocidas. En este sentido hay que indicar que todo proceso de aculturación e hibridación tiene numerosos matices, excepciones y episodios estrambóticos a los que la egipcianización en Nubia no debió de ser ajena. También hay que destacar que, como todo proceso de influencia cultural, los contactos e influencias entre Egipto y Nubia no fueron unidireccionales. La aculturación egipcia total o parcial (como se observa en el llamado «Grupo C Transicional, Säve-Söderbergh, 1989: 23-24) en Nubia se vio acompañada de fenómenos de reciprocidad o, al menos, de intercambio aunque éste fuese desigual. Por consiguiente, también habría que hablar de «nubización» de la cultura faraónica aunque sólo fuera en momentos y aspectos muy determinados como pudo ser la adopción por la sociedad egipcia de elementos de mobiliario, vestimenta o joyería nubios.

La influencia faraónica no fue, además, un fenómeno restringido únicamente al interior de los territorios conquistados por los egipcios. Egipto, con una cultura y unas artes plásticas muy peculiares y refinadas fue en algunos períodos un espejo en el que las élites de los estados vecinos proximoorientales y afroárabes se miraron para modelar sus símbolos de poder y de diferenciación social. La emulación de motivos egipcios se observa, por ejemplo, en su entrada en la iconografía del arte siropalestino desde el Bronce medio (Eder, 1995; Scandone-Matthiae, 2002) o en su adopción en el arte, vestuario y hábitos de las sociedades nubias tanto bajo autoridad egipcia como independientes. Debido a su fuerte personalidad y poca permeabilidad a corrientes externas, el arte egipcio no fue un buen intermediario entre las culturas de los ámbitos afroárabe y proximooriental provocando que ambas vivieran prácticamente de espaldas una a la otra. Esto se observa, por ejemplo, en la escasa o nula presencia en la primera región de ejemplos del llamado «estilo internacional» que se desarrolló profusamente en las artes del Mediterráneo oriental durante el Bronce final (Feldman, 2004; 2005).

En resumen, con este heterogéneo e incompleto recorrido por las mecánicas de la conquista, dominio e influencia egipcios sobre el ámbito afroárabe he querido llamar la atención sobre el hecho de que las relaciones entre estas regiones no se basaron únicamente en la instalación de varios retenes militares para controlar un territorio, en el envío de ejércitos para conquistar o apaci-

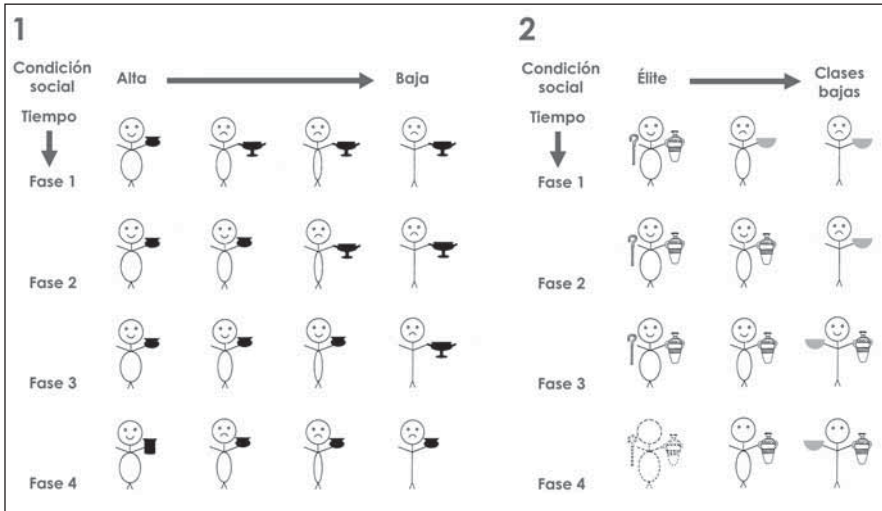


FIGURA INT.3. Egipcianización a través de la transferencia de estatus. 1) muestra los esquemas de Miller (1982: 90, fig. 1) y Miller (1997: 253-255, fig. 150), en donde la élite, tanto en India como en Grecia, se mantiene por encima de la población, que la emula a través de la adopción de rasgos distintivos cambiantes y, por tanto, inalcanzables (*status devolution*); 2) muestra, en cambio, el modelo nubio en el que la élite nubia refrenda su posición superior a través de la obtención, uso y exhibición de productos y hábitos egipcios (*elite emulation*) favorecidos consciente o inconscientemente por el estado faraónico y que, una vez que han sido adoptados por las clases inferiores (plenamente o en combinación con elementos autóctonos), lleva a la desaparición o debilitamiento político de las clases altas locales. (En esta segunda figura la sonrisa o tristeza de los monigotes indica respectivamente la adopción o no de la cultura egipcia.)

guar una región rebelde; o en la «explotación» masiva de sus recursos. No es posible explicar la política egipcia en África únicamente a partir de estos aspectos militares y económicos. Por ello, a lo largo de esta sección y de las anteriores se ha pretendido subrayar la diversidad y abundancia de las formas de contacto entre Egipto y sus vecinos, siendo éstas el resultado de la combinación y/o sucesión de fenómenos de muy diferentes naturaleza tales como el comercio, la diplomacia, la guerra, el dominio directo, la influencia o la emulación que —y esto siempre hay que tenerlo presente— no fueron dirigidos y aprovechados a capricho por los faraones. Pese a su importancia y a que sea el más conocido, Egipto no dejó de ser un actor más sobre el escenario comercial y diplomático afroárabe.

## Productos, valores, usos y significados

Si los elementos antes expuestos formaron parte del gran motor que fue el ámbito afroárabe en la Edad del Bronce, los bienes materiales fueron el combustible que lo movieron. Para entender mejor la función de los productos dentro de las relaciones interregionales de este período hay que tener en cuenta que no fueron meras «cosas» con un valor únicamente monetario. Cada material u objeto, sea o no empleado en una transacción comercial, tiene su propia «alma» o personalidad o, en otras palabras, su propia «cosedad» (*thingness*, Meskell, 2004: 13-38) o *hau* (Mauss, 2002: 13-16) derivada de las diferentes valoraciones y consiguientes usos dados por los seres humanos que las convierten tanto en objetos pasivos (por ejemplo como instrumentos de adquisición de otros materiales o de realización de ciertas acciones) como en sujetos activos (por ejemplo, como causa del establecimiento de unos contactos comerciales).

### *Precio y aprecio*

Detrás de cada objeto y, en este caso, detrás de lo que inspiraba su obtención y/o tráfico comercial y diplomático, había un conjunto de valoraciones y de significados que iban más allá de lo económico. Aspectos de índole cultural o, incluso, personal podían modelar su «precio» y, sobre todo, su «aprecio». Aunque la diferenciación entre ambas estimaciones puede resultar artificiosa y debida más al reflejo de una percepción contemporánea que a un hecho tenido en cuenta por los antiguos egipcios, es útil para reflexionar sobre los diferentes senderos que pueden tomar los investigadores al analizar los datos del pasado. El precio comprende las valoraciones de un artículo en términos económicos, materiales o «monetarios», mientras que el aprecio abarca unas valoraciones en términos culturales y afectivos. Discernir y valorar cada una de esas cualidades es una tarea compleja dado que ambas están estrechamente imbricadas. En muchos casos el precio (valoración económica de un objeto) está condicionado por percepciones culturales (aprecios) y prácticamente lo mismo puede decirse en el sentido inverso.

Como muestra de los numerosos cauces, no necesariamente excluyentes, que pueden tomarse para valorar ambos aspectos en el pasado he elegido un ejemplo que por sus características y datación permite lecturas muy diferentes. Se trata de una tumba con un ajuar muy rico y variado de época Predinástica que fue descubierta en el-Gerzeh, a la altura de el-Fayum. En dicho lugar el arqueólogo británico Wainwright excavó en enero de 1911 una pequeña necrópolis que estaba formada en su mayoría por inhumaciones (hasta un total de 281) realizadas entre el Nagada IIC y IID2 (ca. 3400-

3200 a.C.). Éste es un lapso de tiempo bastante amplio (unos dos siglos) que indica que el cementerio estuvo asociado a una comunidad pequeña o, al menos, a un grupo de gente muy reducido dentro de una población mayor de la que no se han encontrado más necrópolis o asentamientos. Entre los sepulcros, en su mayoría intactos, se encontró el que los arqueólogos numeraron como 133, datado en el Nagada IID1 (ca. 3300 a.C.). La tumba destacaba sobre el resto por que su túmulo fue cubierto con una capa de barro. En su interior se encontró un individuo adulto de sexo y edad desconocidos que estaba enterrado con un rico ajuar que incluía un número muy variado de cuentas de collar y de objetos realizados en materiales muy diversos que comprendían oro, marfil de origen animal desconocido, fayenza, esteatita vidriada, granate, cornalina, serpentina, calcita, cuarzo, obsidiana, lapislázuli, varios guijarros de calcedonia, cornalina, jaspe verde y cuarzo, diferentes conchas marinas del Mediterráneo (*Columbella rustica*, *Monodonta turbinata* y *Arcularis gibbulosa*) y del mar Rojo (*Nerita sp.* y *Natica sp.*), dos colmillos de un cánido, un trozo de una sustancia resinosa –quizás incienso– de color rojizo y varias cuentas de hierro meteórico (Stevenson, 2006: 47-50).

Ante tal número de materiales de procedencias y cualidades tan variopintas, esta tumba se puede interpretar de muy diferentes modos. En términos económicos el ajuar es un ejemplo elocuente, que no único, de la accesibilidad a una vasta gama de *exotica* por parte de una comunidad, o de una parte de ella, que no debía de estar entre las más prósperas del valle en ese período. La relativa rareza de estos productos permite reconstruir, aunque sólo sea a muy grandes trazos, posibles rutas y redes comerciales interregionales. La tumba, siguiendo líneas de interpretación sociopolíticas, también se puede considerar como el reflejo de una sociedad gobernada por élites poderosas acaparadoras de los productos preciosos foráneos y capaces de exhibir públicamente en el momento del sepelio su poder o prestigio a través de la manifestación postrera de su poder (Stevenson, 2006: 17-18; 2009: 194-198; Morris, 2007). Igualmente las pertenencias de ese muerto (o muerta) pueden «leerse» considerándolas como el resultado de un sistema de creencias religiosas. El hecho de que el personaje fuera enterrado con un conjunto tan heterogéneo de materiales, ajenos al entorno natural y geológico del valle del Nilo que recuerdan *cachettes* similares en otras inhumaciones casi contemporáneas, permite presuponer las posibles funciones que mantuvo en vida su ocupante. Dejando a un lado su posible función como líder de un grupo (sugerida tanto por la riqueza de su ajuar como también por las técnicas empleadas para enterrarle), esa persona pudo ser considerada por sus vecinos y/o súbditos como la poseedora de amplios conocimientos y experiencias en relación con materiales foráneos que pudieron, incluso, haber sido reunidos por ella misma. Podría, por tanto, tratarse del sepulcro de un explo-

rador o tal vez, al saber hacer uso de ellos, de algún tipo de curandero. En este sentido estos enseres pudieron servir como una especie de biografía material del ocupante de la tumba aludiendo a los lugares y situaciones en que los recogió y/o como una representación reducida del cosmos egipcio a través de su variedad, exotismo y simbolismo. Aspectos tales como el color, la textura, el brillo, la opacidad o transparencia o el origen debieron de otorgarles muchas propiedades mágicas y religiosas que, sin duda, fueron explotadas tanto por su propietario o propietaria como por quienes le enterraron.<sup>2</sup>

No cabe duda de que los objetos de la tumba 133 de el-Gerzeh y, por extensión, cualquiera de los *luxuria* de cualquier tumba, equipamiento templar o mobiliario doméstico de cualquier período, comprendieron significados y manifestaron ideas muy variadas en el sistema egipcio de creencias y conocimientos. La búsqueda de esos «aprecios» o valoraciones culturales en el pasado tiene numerosas limitaciones y riesgos. Si sólo se estudiaran como el resultado de unas creencias religiosas, como es el caso del ajuar de la tumba 133, se estarían obviando otros aspectos igualmente importantes. Frente a los valores simbólicos hubo otros que podrían ligarse a la idea actual de «precio» en donde lo material queda cuantificado no tanto por su significación simbólica o valoración personal como por su valor económico o, en otras palabras, por lo que costaría adquirirlo o lo que valdría para obtener otros materiales. De este modo los significados culturales inherentes a los *exotica* dieron pie también a aspectos más mundanos. Uno de los más llamativos e ilustrativos es el robo de tumbas, ampliamente extendido por todo Egipto en todos los períodos y del que tampoco se libró la necrópolis de el-Gerzeh (aunque en este caso la proporción de tumbas robadas, sólo 33 de 281, es extraordinariamente baja). Frente a la imagen de una comunidad enterrando piadosamente a uno de sus miembros siguiendo unas ceremonias y unos códigos simbólicos bien establecidos y respetados, siempre hay que contraponer la imagen de miembros de esa misma comunidad robando los sepulcros para obtener un beneficio que poco o nada tenía que ver con valoraciones simbólicas o ideas religiosas. La profanación y robo de lugares sagrados (en donde también se incluían los propios santuarios) es una buena prueba de cómo los vivos invadieron y transgredieron las creencias y prácticas religiosas para obtener beneficios materiales y cómo algunos (o muchos) egipcios no las valoraban o respetaban debidamente. Aunque este mismo fenómeno también demuestra

2. Para el valor simbólico de algunos materiales, véase Baines (2000). En ocasiones la presencia de estos materiales se substituyó o reforzó con cerámicas foráneas como sucede en la tumba U-234 de Abidos (Nagada IIa/(b)), donde además de diferentes *exotica* se han encontrado cerámicas del oasis de Dajla, así como otras que evocan las de la cultura de Maadi en el Bajo Egipto (Hartung y Hartmann, 2005).



que algunos de los objetos valorados en un contexto religioso no fueron apreciados en términos económicos por la población (como ocurre, por ejemplo, con la obsidiana, un producto de lujo procedente de lugares muy distintos que no parece haber sido apreciado por los profanadores de tumbas).

### Exótica, luxuria y aromata: *valores económicos y simbólicos*

Otro aspecto relacionado con las diferentes valoraciones de estos materiales es, como se ha visto, el análisis de su función dentro de los sistemas comerciales y diplomáticos. Los bienes que discurrieron por tales redes no han de considerarse únicamente como «mercancías» sino también, como sucede en el caso de los dones y presentes diplomáticos, como objetos cargados de numerosos significados y fines no estrictamente económicos. De este modo, en muchos casos el intercambio de productos no estaba condicionado tanto por cuestiones de cantidad como de cualidad y reciprocidad. De este modo, el canje podía llegar a ser un complejo diagrama cartesiano donde se entrecruzaban precios y aprecio y, también, la libertad de actuación y la obligación por responder o reciprocitar (Mauss, 2002: 83).

Buena parte de los productos que sirvieron como objeto e, incluso, como sujeto de estos contactos comerciales y diplomáticos interregionales formaron parte del grupo selecto de lo que he denominado como *exótica, luxuria* o, también, en relación con determinadas sustancias, *aromata*. Estos bienes se pueden definir a grandes líneas como el conjunto de productos foráneos de prestigio especialmente apreciados y solicitados por las élites de una sociedad. Las causas de esa demanda fueron variadas y, de nuevo, estuvieron compuestas tanto por elementos eminentemente económicos y materialistas como por otros de tipo cultural. Es evidente que las élites de la antigüedad, siguiendo un fenómeno análogo al del «consumo conspicuo» (*conspicuous consumption*) descrito por Veblen (1899) o Sombart (1912) en Occidente, pretendieron estos materiales, mayoritariamente prescindibles en términos de subsistencia, con el objeto de distinguirse del resto de la sociedad enfatizando su poder y prestigio debido a su rareza y, por tanto, valor (van der Mieroop, 2002; Thomason, 2005). Pero también es obvio que la necesidad de estos productos también estuvo inspirada en otras circunstancias de índole cultural percibiéndose como personificaciones de determinados valores simbólicos e ideas (Sherratt y Sherratt, 1991: 354).

Como en los casos del «precio» y del «aprecio» antes citados (y con los que guardan una estrecha conexión), estos aspectos simbólicos y aquellos materiales, a veces por separado, a veces estrechamente unidos, permiten explicar por qué en la Antigüedad muchas sociedades tuvieron la necesidad de contactar con otras muy remotas en iniciativas comerciales aparentemente

marginales pero que tanto en términos económicos como en el aspecto simbólico eran especialmente valoradas por la naturaleza de los bienes obtenidos. El siguiente texto del reinado de Amenhetep III, que describe la construcción de un templo a Amón actualmente identificado con el templo de Montu en Karnak (Gabolde y Rondot, 1996), es un ejemplo extremo de la necesidad de esos productos con el fin de hacer ostentación del poder y, simultáneamente, de enfatizar y ser referentes de importantes significados culturales:

Él (i.e. el rey) construyó como un monumento suyo para su padre [Amón] señor de [los tronos de las Dos Tierras] haciéndole un santuario nuevo en piedra arenisca en el lugar excelente de Tebas. No fue dañado lo hecho anteriormente, haciéndose excelente con trabajos de eternidad con las imposiciones de los jefes de cada tierra extranjera que su majestad trajo de sus (campañas) victoriosas como captura de su brazo/espada valerosa y decorándose con electro en toda su extensión. Sus puertas eran de electro auténtico decoradas con cada piedra preciosa y noble de las imposiciones de las tierras extranjeras meridionales. Todo su suelo es de oro. Las hojas de las puertas son en madera de conifera-<sup>58</sup> con cobre de Asia de las imposiciones de las tierras extranjeras septentrionales. (El templo) es visto como el horizonte del cielo, la señora de plata, la soberana de oro, combinando cada piedra preciosa y noble siendo un lugar de reposo del señor de los dioses y asemejándose a su trono que está en el cielo. Su bello nombre, perdurado en escritos es «Nebmaat, el heredero de Re, que aparece en *maat*».

Su peso en *debens*, total:

Electro:	31.425 y $\frac{2}{3}$ <i>debens</i> (2859,7 kg)
Oro:	25.182 y $\frac{3}{4}$ <i>debens</i> (2291,6 kg)
Cobre negro:	5620 <i>debens</i> (511,4 kg)
Lapislázuli:	6406 <i>debens</i> (582,9 kg)
Cornalina:	1731 y $\frac{2}{3}$ <i>debens</i> (157,6 kg)
Turquesa:	1075 y $\frac{2}{3}$ <i>debens</i> (97,9 kg)
Bronce:	14.342 <i>debens</i> (1305,1 kg)
Piezas de cobre:	104.195 y $\frac{3}{4}$ <i>debens</i> (9481,8 kg)

Se excavó un canal plantado con árboles, iluminado con cada flor, colmado con los trabajadores-*meret* y proveído con trabajadores-*hesebu* y con los hijos de los jefes de todas las tierras extranjeras traídos en postración a causa de su (i.e. del rey) poder. El hijo de Re, Amenhetep (III) «soberano de Tebas», hizo esto por la grandeza de su amor a su padre Amón, señor de los tronos de las Dos Tierras, (mayor) que (el dado a) todos los dioses (Urk. IV 1667, 16-1668, 4).

A primera vista, este texto parece una exhibición de las riquezas empleadas en la construcción de un templo para Amón. Sin embargo, no ha de ser

visto únicamente como una demostración propagandística de la prosperidad del rey. Los *luxuria* entregados a las divinidades tenían un carácter especial debido, al menos, a cuatro factores en los que precio y aprecio estuvieron estrechamente unidos. El primero era su valor material que estaba condicionado por su rareza, procedencia o características.

El segundo es el hecho de que, a lo largo de la historia del Egipto faraónico (y sobre todo durante el Reino Nuevo), fueron considerados como una creación de los dioses para los reyes quienes, en un claro ejemplo de relación *do ut des*, se los devolvían para magnificar y mantener sus cultos y santuarios. La mayoría de los productos citados en la estela de Amenhetep III se emplearon para decorar el interior de unos santuarios cuyo acceso era, por lo general, muy restringido. Por tanto, hay que pensar que el uso de objetos y materiales de lujo fue realmente inspirado por la piedad de los reyes hacia los dioses quedando en segundo lugar los deseos de aquéllos de exhibir públicamente su poder material ante sus súbditos y sucesores.

Estrechamente ligado a este factor, el tercero tenía que ver con su origen foráneo. La apropiación y uso por parte del rey o de los dioses de esos materiales era una forma de expresar y reforzar en términos simbólicos y, a veces, políticos, su autoridad, control o prestigio en las tierras que los producían.

El cuarto factor, intrínseco a los *exotica*, fue, como se ha señalado, el de su significado religioso. Muchos de los productos enumerados en estos textos enfatizaban, a través de su simbolismo (no especificado), de su origen y de su uso en el templo, ciertas connotaciones religiosas que les convertían en algo que iba más allá de ser objetos bellos, raros o caros. El oro, el electro o la cornalina eran, en determinados contextos, elementos claramente ligados al sol por su color (amarillo, naranja y rojo), mientras que la turquesa y el lapislázuli (verde y azul) estaban ligados a la regeneración (Wilkinson, 1994: 82-103; Pinch, 2001; Aufrère, 1991; 2001a). Por otro lado el uso de estas riquezas, muchas de orígenes lejanos y exóticos, en joyas, palacios o templos eran una forma más de expresar e inmortalizar la extensión del poder real, capaz de movilizar lejanas tierras y pueblos para decorar y servir a los dioses egipcios y, también, de constituir, a través de su variedad y riqueza, una imagen del cosmos. En este sentido, también hay que tener en cuenta que mientras que su valor económico y funcional debió de cambiar poco de una sociedad a otra, su apreciación simbólica y cultural probablemente varió al ir circulando por sociedades con diferentes creencias religiosas y carencias económicas. No obstante, en algunos casos el simbolismo dado a tales materiales en su área de origen pudo exportarse a las regiones que los demandaban. Esto explicaría por qué una roca como el lapislázuli tuvo valores similares en Mesopotamia y en Egipto, siendo en ambas culturas el mineral del que estaban hechos el cabello y la barba de los dioses.

Una egiptóloga egipcia, Basma Koura (1999), defiende que los aceites y *aromata* en Egipto no fueron un artículo de lujo, esto es, que se mantuvieron fuera del ámbito económico y semántico de los *exotica*. Esa opinión ha de ser matizada. Algunos ungüentos debieron de estar, pese a sus estimados significados y funciones, al alcance de buena parte de la población por ser producidos en Egipto con productos locales o por llegar desde el extranjero en gran cantidad. Otros, sin embargo, como se verá, fueron mucho menos asequibles siendo incluso raros entre los grupos sociales más privilegiados como sucedió con algunas resinas puntitas como el *ʕntw*. No se sabe cómo esta última sustancia acabó por formar parte de los productos de prestigio egipcios, si su función y valores procedieron de Punt o, más probablemente, si le fueron dados por analogía con materiales similares conocidos previamente por los egipcios. Cualquier tentativo de resolver tal problema nos acerca al dilema recurrente del huevo y de la gallina. Sólo es posible precisar, siempre a grandes líneas, el papel que este producto y otros similares desempeñaron dentro de la cultura egipcia. En este sentido hay que decir que, dejando a un lado su función como ingrediente sensual e, incluso, erótico en poemas y representaciones artísticas, estas resinas aromáticas desempeñaron importantes funciones simbólicas. Su presencia en los rituales religiosos y funerarios a través de la sahumación o a través de la unción de aceites o ungüentos enriqueció a estos en un aspecto tan importante como era la manifestación de experiencias sensoriales a través de la vista, el olfato o el oído (Kus, 1992; Finnestad, 1999). En estas prácticas, y en especial en las de tipo funerario, Thompson (1994; 1998) ha llegado a determinar para los *aromata* cuatro papeles diferentes pero estrechamente relacionados entre sí: a) son inherentes a la propia naturaleza de los seres divinos. Los dioses exudan (buen) aroma e, incluso, Re crea al resto de los dioses a través de su sudor que, por supuesto, es aromático (Bickel, 1994: 86); b) constituyen una garantía de la preservación del cuerpo del difunto (y del dios) y de su vitalidad; c) tienen un valor apotropaico en forma de ungüentos o sahumeros. d) tienen una función purificadora probablemente tanto para el dios o el difunto como, también, para los que asistían al culto o a los funerales (Stevenson, 2006: 18-19).

A este listado habría que añadir otras dos facetas. La primera es la del uso de estas sustancias en la elaboración de medicamentos y productos cosméticos y mágicos, debido seguramente a sus características estrechamente ligadas a lo divino. La segunda, mucho más importante, explica en gran medida el porqué de todos los valores anteriores: puesto que los ritos pretendían ser la expresión y celebración canónica del mundo ordenado, las resinas aromáticas y ungüentos, supuestamente procedentes de la sumisión de ciertas tierras extranjeras, se convertían así en un instrumento importante y necesario para realizar y perpetuar el mantenimiento de dicho orden.

Una prueba de estas funciones atribuidas a los *aromata* es la resina-*sntr*, cuyo nombre no puede ser más explícito ya que parece derivarse del causativo (\**s.ntr*) del término *ntr*, «dios» y significaría «hacer divino» o «convertir en dios» (Robins, 2001: 7; Meskell, 2004: 94; Wilkinson, 1994: 92-93, n. 16) y que parece ser paralelo a los términos hebreos אֱלֹהִים, «terebinto» y אֱלֹהִים, «dios» (Menninga, 2007: 5-6). Menos evidente al respecto es el *ʿntw*, que aparece más raramente en los textos, aunque cabe pensar, como se observará a lo largo de este trabajo, que tuvo una finalidad similar si no, incluso, más importante dada su rareza y su procedencia marcadamente exótica.

La importancia de los *aromata* en el culto divino permite pensar que, los más raros y apreciados (como los procedentes de Punt) fueron monopolizados por el estado que, a través de una red de recompensas y regalos, los fue distribuyendo en el resto de la sociedad, especialmente a través de la élite cortesana y provincial y de los templos. No obstante, como ya se ha señalado y como habrá ocasión de volver a observar, es probable que hubiera redes o vías alternativas de obtención (¿permanentes o esporádicas?, ¿oportunistas o consolidadas?) por parte de la élite sin tener que depender totalmente de la Corona.

## FUNDAMENTOS, PLANTEAMIENTOS E INTENCIONES DEL PRESENTE ESTUDIO

Escribir historia (aunque la acepción «historias» sería más correcta porque cada historiador ofrece su propia versión de los hechos) implica intentar que la inevitable manipulación de las fuentes sea lo menos forzada posible y mostrar otras interpretaciones alternativas aunque sean opuestas a las propias. También supone sufrir ese trance que es el continuo cuestionamiento de la funcionalidad y valor de la investigación que se está haciendo, de las conclusiones derivadas de ella o de los aspectos formales del trabajo (su esquema, su contenido, la forma de abordar el estudio, etc.). En este mar de dudas hay, no obstante, algunas convicciones o ideas claras que hacen que las inseguridades o dudas no hagan naufragar al investigador. Los amarres y timones de este trabajo, que ha pasado por muchas incertidumbres y desánimos, son, como ya se ha indicado, la constancia de que los enigmas de la historia pueden responderse de formas muy diferentes y nunca absolutas, dejando también claro al lector que son muy numerosos los interrogantes y problemas que rondan por el tema aquí tratado. Por estos motivos quien busque en las próximas páginas una solución «definitiva» al problema de Punt quedará defraudado. Son varias las razones que me han llevado a no dar esa

«solución». En primer lugar mi intención ha sido, como indica el título, «abrir», no «descubrir», las rutas que llevan a ese territorio puesto que, como ya he indicado, la cuestión de emplazamiento, hoy en día, es más una cuestión de fe que un ejercicio de prudencia o «sentido común».

Un segundo motivo es que los estudios de Punt se encuentran en un momento de inflexión. El hallazgo de nuevos datos —aún en buena medida en curso de estudio e inéditos— y la aparición de nuevas interpretaciones van a suponer un nuevo impulso al problema de Punt no sólo en su aspecto geográfico, sino también en sus facetas económica y cultural.

Por último y debido a la circunstancia anterior, este trabajo obviamente está lejos de ser un estudio «infalible» y conclusivo sobre Punt. Insisto en que es necesario dar a conocer al lector los problemas que existen sobre el estudio del tema tratado ya que las evidencias que se tienen del pasado faraónico, por su naturaleza, número y comprensión, no permiten emitir demasiadas certezas. Las fuentes escritas dejadas por los egipcios no son verdades absolutas como tampoco lo son las interpretaciones que hacen de ellas y del registro arqueológico los historiadores y los arqueólogos. De este modo, animo al lector a que sea desconfiado y que, pese al disfraz de exactitud y, por tanto, de aparente veracidad de ciertos datos siempre tenga en cuenta que la historia aquí narrada es sólo una visión personal creada a través de la interpretación de unos datos parciales y tendenciosos y de las ideas, también subjetivas, de otros historiadores. Por ello a lo largo del libro se han introducido numerosos «posibles» y «probables» así como de abundantes reiteraciones de las dificultades y problemas que supone el estudio del pasado faraónico. El imprimir a este trabajo con ese carácter dubitativo y reservado no es un resultado inconsciente y obedece al deseo de querer evitar ese maldito tono de certidumbre que, en forma de numerosos «eurekas», sobrevuela muchos estudios de la Antigüedad.

El libro está dividido en seis capítulos. El primero, «Los estudios sobre Punt», es una exposición de la evolución de la historiografía sobre Punt —y aquí me disculpo por obviar aquéllas sobre Nubia o Libia— a lo largo de los últimos ciento setenta años que es deudora en gran medida del trabajo historiográfico de Herzog (1968: 25-54). Su intención ha sido mostrar cómo Punt no deja de ser la percepción moderna de otra más antigua, estando aquélla condicionada y modelada por las corrientes historiográficas e ideológicas coetáneas. Quien se acerque a la historiografía sobre esta región, incluyendo también en ella a este libro, ha de tener en cuenta que las interpretaciones de los contactos entre Egipto y Punt no dejan de ser una reconstrucción «ideologizada» y «contemporaneizada» de un capítulo del pasado influidas por muchas ideas más o menos recientes. En mi caso, creo, que éstas son una mezcla quizás poco cohesionada, contradictoria y pragmática de

ideas posmodernistas y, en menor medida, positivistas que, sin haberlo sabido hasta muy recientemente, coinciden en parte con los postulados del llamado Nuevo Historicismo (Gozzoli, 2006: 8-13), especialmente en lo que se refiere a la necesidad de estudiar un suceso en relación con todos los contextos posibles en los que se desarrolló, a los que afectó o por los que se vio afectado.

El resto de los capítulos están dedicados al estudio diacrónico de los contactos entre Egipto y el ámbito afroárabe. Cada uno de ellos comienza con un estudio de los contactos egipcios con el vecino africano más próximo, Nubia, para dar paso, más tarde, a los contactos con otras áreas más alejadas y, terminar, por supuesto, con Punt. Debido a la distribución irregular de la documentación referida a ese territorio, el equilibrio entre los contactos entre Egipto y Nubia y entre Egipto y Punt (y otras regiones afroárabes) en cada capítulo varía, yendo, en lo que se refiere a la tierra del *ꜥntw*, *in crescendo* a medida que se avanza en el tiempo. De este modo, mientras que en el capítulo 2 el espacio dedicado a los contactos directos entre Egipto y Punt es muy reducido en relación con la parte dedicada a los contactos con el resto de África, en los siguientes poco a poco va ganando terreno para llegar a ser la parte preponderante en el estudio dedicado al Reino Nuevo que, debido a la riqueza de las fuentes, ha tenido que ser dividido en tres capítulos.

El capítulo 2, además de ser una introducción a las diferentes rutas comerciales y productos del circuito afroárabe, analiza las relaciones entre dicho ámbito y Punt con Egipto desde la prehistoria hasta el final del Primer Período Intermedio. El capítulo 3, trata los contactos con Punt desde la reunificación de Egipto en la dinastía XI hasta el final de la dinastía XVII, justo antes del inicio del Reino Nuevo período al que, como ya se ha indicado, se han dedicado los capítulos 4, 5 y 6. Los dos primeros estudian los contactos durante la dinastía XVIII, centrándose el capítulo 4 en el reinado de Hatshepsut y el siguiente en el resto de ese período. Por su parte, el capítulo 6, hace lo mismo para las dinastías XIX y XX, en donde la documentación es más reducida y menos elocuente. Por último, el Epílogo es un breve recorrido por los contactos posteriores de Egipto con Punt y una revisión de las principales conclusiones e ideas recogidas a lo largo del libro.

Cada capítulo incluye ilustraciones que pretenden enriquecer el texto y complementarlo. El mismo objetivo tienen los recuadros que tratan algunos temas que, por su extensión e interés merecían un espacio propio que de otro modo no habría tenido cabida en el texto principal. Respecto al aparato de notas hay que señalar que este libro es una versión muy aligerada de lo que fue un manuscrito original que, por volumen y densidad, se asemejaba más a una tesis doctoral o a una sesuda monografía especializada que a lo que realmente pretendía ser: un libro (bastante grueso) de divulgación. Para lle-

gar a ese objetivo final he expurgado al máximo el texto principal y la bibliografía de datos y referencias que sólo he incorporado al texto parcialmente.

En conjunto, con esta división, contenido y formato, el trabajo ha sido concebido para ser útil al especialista y, sobre todo, a las personas que estén familiarizadas por afición u obligación con la historia del Egipto faraónico. Espero que, pese a la dificultad que entraña dirigirse a dos audiencias diferentes, ayude a ambas a aproximarse a unos contactos comerciales poco estudiados. Igualmente confío que los caminos «abiertos» en este libro (sólo algunos de los muchos posibles) conozcan en los próximos años otros muchos que los contrasten o complementen y que, de este modo, el lector pueda modelar su propia ruta para aproximarse, con sus propios criterios, a ese lugar.

### SOBRE TRANSLITERACIONES, TRADUCCIONES Y DATACIÓN

La ausencia de una egiptología española con solera y bien enraizada —qué difícil es en este país ser constantes en la investigación científica— es la causante, en gran medida, de que la terminología relacionada con esta disciplina y los criterios de transliteración de los nombres no sean ni homogéneos ni castizos. Según la preferencia de cada investigador, de acuerdo a las escuelas extranjeras que haya seguido (alemana, francesa, inglesa, italiana, etc.), a su admiración por ellas o por determinado autor, a sus gustos personales o, simplemente, a sus ganas por ser especial respecto al resto de los investigadores, la castellanización de los nombres egipcios han conocido muy diferentes variantes. Cualquier tentativo de hacer algo coherente al respecto está condenado al fracaso. La tradición, en parte basada en las transcripciones griegas o latinas de nombres reales o divinos y en parte basada, como ya se ha dicho, en otras escuelas egiptológicas foráneas pesa demasiado. De este modo, cualquier historiador o egiptólogo que se enfrente a la tarea de escribir sobre el pasado faraónico chocará siempre con un abundante número de incongruencias. Este libro no es una excepción. Así, por ejemplo, se ha preferido una lectura del teóforo Amenhetep en vez de Amenofis, o Amenemhat en vez de Amenemmes, mientras que el teónimo que lo compone se ha leído Amón y no, por ejemplo, Amén, Imén o Yemén, todos ellos posibles lecturas de la secuencia consonántica *imn* con la que los egipcios escribieron el nombre. Lo mismo sucede con Ramsés/Ramose y el dios Re, con Mentuhetep y el dios Montu (a leer, en realidad, como «Menchu») o, de forma más compleja, con Tutmés, el clásico Tutmosis, que procede del teónimo Dyehuty, pero que aquí se ha castellanizado como «Tot» (el «Thot» inglés o francés) cuando se refiere al dios y como «Dyehuty»



(lit. «el de Tot») cuando se refiere al teóforo *nisbado* empleado como antropónimo.

Respecto a la castellanización de otros nombres menos tradicionales, los criterios propuestos para equiparar algunos fonemas egipcios inéditos con sonidos del castellano siempre han sido problemáticos, ya que o bien han seguido unos caminos pintorescos (Padró, 1987) o bien han dado lugar a lecturas más lógicas pero, a la vez, alejadas de las usadas tradicionalmente en los manuales que proceden, paradójicamente, de diferentes escuelas extranjeras. En este trabajo se han adoptado, *grosso modo*, los criterios de castellanización adoptados por Pérez Vázquez (1996) aunque con ciertos matices (especialmente en la lectura de los nombres propios egipcios). De este modo los fonemas egipcios *ḥ* (/H/) y *h* (/h/) han sido transcritos como nuestra *h*, aunque ésta debería pronunciarse ligeramente aspirada; *ḫ* (/ç/) y *ḥ* (/x/) como nuestra *j* (/x/) y *ḫ* (/c/) como nuestra *ch* (/ç/); *ḏ* (/ʒ/) como el dígrafo *dy*, similar a nuestra *y* (/y/), aunque ligeramente diferente (pronunciándose como el francés «di» en *dieu*); *S* (/S/) como *sh* (la inglesa «she»); y *q* (/q/) (la *qof* árabe) será escrito con *q*. Por su parte los fonemas semiconsonánticos *ʕ* (/R/; /ʔ/) y *ʕ* (/ʕ/) han sido leídos como *a* (/a/); *w* (/w/) como *u* (/u/) o *w* (/w/) (por ejemplo *Unis* y *Wawat*, que podrían igualmente escribirse *Wenis* y *Uauat*), e *i* (/j/; /ʔ/) como *i* (/i/) o *y* (/j/) mientras que, dejando a un lado algunas excepciones, el resto de la vocalización ha empleado, como es habitual, la vocal *e* (/e/).<sup>3</sup>

Respecto a los nombres y términos comunes que, por diversas circunstancias, no pueden ser traducidos fácilmente, se han castellanizado escribiéndolos en cursiva (*iry-pat*, *iuntiu*). Sólo en el caso de algunos *exotica* no identificados se ha optado, arbitrariamente, por dejarlos transliterados como ocurre, por ejemplo, con *ʕntw* o *ʕntr* (léanse respectivamente «antu» y «sencher»). En las ocasiones en que se conoce la naturaleza de un término éste será ligado al producto con el que se le identifica de forma genérica con un guión como es el caso del ungüento-*mdt* o del aceite-*ḫknw*.

Respecto a la traducción de los textos egipcios, se ha intentado hacer lo más literales posibles —sin sacrificar su inteligibilidad— aunque en algunos casos ha sido necesario dejar a un lado la lectura al pie de la letra y hacer uso de giros en castellano lo más próximos a la idea original egipcia. Las traduc-

3. Sobre los problemas de castellanización de los nombre egipcios, véase Pérez-Accino (2006), que ofrece algunos ejemplos de los problemas y paradojas que conlleva la creación de unas normas fijas para realizar tal tarea. Como él, creo que lo importante es usar el sentido común aunque conviene tener en cuenta la afirmación chestertoniana de que ése es el menos común de los sentidos. Para dicho autor la castellanización no ha de alejarse de criterios similares de otros países europeos. Para mí, su fin es otro: acercar al lector hispanohablante, para quien está dirigido este libro, los nombres egipcios.

ciones han empleado las convenciones habituales para aclarar el contenido del texto, su estado o ciertas características:

- (palabra) Aclaraciones a la lectura del texto y palabras omitidas en el texto pero incluidas en la traducción para su mejor comprensión.
- (...)
- [palabra] Restituciones en una laguna del texto.
- [...]
- <palabra> Corrección de posibles omisiones involuntarias del escriba.
- PALABRA Las versalitas indican una rúbrica, título o palabra escritas en tinta de color diferente (generalmente rojo) en un papiro en contraposición con la tinta empleada para el texto principal (generalmente en negro).

Respecto a las medidas de peso, altura o capacidad dadas en los textos egipcios, he intentado, cuando ha sido posible, acompañarlas de su equivalencia en medidas del Sistema Internacional de Unidades. Conviene tener en cuenta que el valor dado a muchas de las medidas egipcias no es totalmente seguro o no es constante a lo largo de la historia. Es el caso, por ejemplo, del *deben*, que durante el Reino Antiguo parece haber pesado 13,6 g y, a partir del Reino Medio, 9,1 g, aunque recientemente algunos autores (Graefe, 1999) han adoptado la equivalencia de 45,5 g para esta medida durante, al menos, el Reino Nuevo (aquí se ha mantenido el valor habitual).

Por último queda la cuestión de la cronología que, siendo parte intrínseca de la historia, es otro castillo de naipes extremadamente frágil (Hornung, Krauss y Warburton, eds., 2007). El montaje de la cronología absoluta egipcia se basa en dos grandes grupos de fuentes. Para la prehistoria las dataciones radiocarbónicas resultan, pese a las horquillas de décadas e incluso de siglos en las que oscila su datación, muy necesarias, especialmente porque los estudios dendrocronológicos en Egipto apenas se han desarrollado o, al menos, apenas han trascendido a la comunidad científica. En etapas históricas, sin embargo, este método aporta más problemas que soluciones. Para este momento, los historiadores prefieren hacer uso de la documentación escrita, especialmente de algunas listas reales entre la que destacan diferentes anales reales y listas de reyes. A través de este tipo de fuentes, que ofrecen una sucesión en orden cronológico de los reyes egipcios, de ciertos datos astronómicos (Lull, 2004: 95-108) y de la coetaneidad de ciertos acontecimientos egipcios con los de otras culturas del Próximo Oriente y de Occidente, se monta el esqueleto esencial de la cronología absoluta egipcia basada tanto en el emplazamiento temporal de los reyes (y aquí se entra también dentro de

la cronología relativa) como, sobre todo, en la duración de sus reinados que son contrastadas con otras fuentes contemporáneas o posteriores. El problema de este tipo de datación es que no se conocen ni todos los reyes (y algunos de los conocidos no pueden ubicarse con seguridad) ni la duración de sus reinados, ni tampoco la constancia de la existencia de otras circunstancias especiales como reinados simultáneos y paralelos, corregencias o posibles períodos de vacío de poder. En etapas tan supuestamente bien conocidas como la dinastía XVIII su duración puede acortarse o alargarse hasta más de una generación (unos 30 años) según la estimación de la duración de algunos reinados como son los de Tutmés II (3 o 13 años), de Horemheb (de 14 a 28 años) o de la corregencia entre Amenhetep III y Amenhetep IV (2, 12 o ningún año). Otro ejemplo son las corregencias durante la dinastía XII o el reinado en ella de Senusert III, que oscila entre 19, 30 e, incluso, 39 años (Arnold, 1992; Wegner, 1996; Obsomer, 1995: 35-155; *id.*, 2002). Tallet (2005a: 22-30, 265-272, 285-287) ha defendido con argumentos convincentes la idea tradicional de una duración de 19 años para ese reinado además de adherirse a la idea de la ausencia de corregencias durante el Reino Medio propuesta por Obsomer. Estos problemas se multiplican en otras dinastías y períodos mal documentados (¿cómo se pueden datar con seguridad dinastías «fantasmas» como las VII y VIII u otras tan poco conocidas como las IX y X heracleopolitanas?). De hecho las únicas fechas seguras de la historia de Egipto son las posteriores al 664 a.C., momento de la subida al poder de Psamtek I (dinastía XXVI) al trono de Egipto. Antes de ese reinado y, a medida que uno se vaya alejando de esa fecha, las incertidumbres para datar una fecha determinada van aumentando.

Es necesario dejar constancia de esta inseguridad anteponiendo a cada fecha la «*ca.*» de *circa*, dejando claro que las fechas, pese a su aparente precisión sólo son orientativas. El decidirse por una de las diferentes propuestas cronológicas es una tarea difícil que se basa más en preferencias personales que en convicciones absolutas. En este sentido aquí se ha optado, pese a las dificultades que supone, combinar varias que, todo hay que decirlo, no han tenido en cuenta una información tan decisiva como es la de las evidencias astronómicas. De este modo para las fechas del Reino Nuevo he escogido en primer lugar la de Bill Manley (1996: 132-135) por sus estimaciones de la duración de los reinados de sus faraones y, tras ella, la derivada de Obsomer para la dinastía XII y de Beckerath (1997a). Ello ha implicado alargar anormalmente la duración del Segundo Período Intermedio que de sus 200/230 años de promedio de duración ha sido ampliado a 254 años (*ca.* 1793-1539 a.C.) siguiendo a Ryholt (1997: 408-410) en sus estimaciones de reinados. A partir de ahí he seguido las mismas fechas que las dadas en la cronología de Shaw (Shaw, ed., 2000: 479-483) aunque con algunos retoques por parte

de Obsomer y con ciertos cambios en la cronología del final de la dinastía XII. De este modo se han restado 20 años del reinado de Senusert III mientras que al final de esa dinastía, entre ese reinado y el de Sebeknefrure, se le ha sumado 20 años debido al alargamiento del Segundo Período Intermedio. La dinastía XII, por tanto, abarcaría las fechas *ca.* 1985-1793 a.C. Según la cronología de dicho manual, el comienzo de la dinastía I estaría en torno al 3000 a.C., momento que, quizás haya que adelantar en varias décadas o, incluso, en un siglo (*ca.* 3100 a.C.). Por supuesto, estas fechas, en gran medida convencionales, se adaptan duramente con otras fechas aún más genéricas y aproximadas como son las de culturas «prehistóricas» como las de Kerma, del Grupo C o del Grupo Gash, o las de los estadios del Egipto predinástico que fijan unas fechas muy generales a partir de la datación radiocarbónica y la sincronización con otras culturas, como la egipcia, de cronologías más precisas.

	Períodos y dinastías	Fechas
PREDINÁSTICO	(Sólo culturas del Alto Egipto)	
	Nagada IA-B	<i>ca.</i> 3800-3650 a.C.
	Nagada IC-IIA-B	<i>ca.</i> 3650-3400 a.C.
	Nagada IIC-IIID	<i>ca.</i> 3400-3200 a.C.
	Nagada IIIA Nagada IIIB-C (dinastía 0)	<i>ca.</i> 3200-3150 a.C. <i>ca.</i> 3150-3000 a.C.
DINÁSTICO TEMPRANO	Dinastía I (Nagada IIIC-D)	<i>ca.</i> 3000-2890 a.C.
	Dinastía II	<i>ca.</i> 2890-2686 a.C.
	Dinastía III	<i>ca.</i> 2686-2613 a.C.
REINO ANTIGUO	Dinastía IV	<i>ca.</i> 2613-2494 a.C.
	Dinastía V	<i>ca.</i> 2494-2345 a.C.
	Dinastía VI	<i>ca.</i> 2345-2181 a.C.
PRIMER PERÍODO INTERMEDIO	Dinastía VII	(?) Período convulso breve
	Dinastía VIII	<i>ca.</i> 2181-2160 a.C.
	Dinastía IX	<i>ca.</i> 2160-2025 a.C.
	Dinastía X Dinastía XI (antes de la unificación)	<i>ca.</i> 2160-2025 a.C. <i>ca.</i> 2125-2055 a.C.
REINO MEDIO	Dinastía XI	<i>ca.</i> 2055-1985 a.C.
	Dinastía XII	<i>ca.</i> 1985-1793 a.C.
SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO	Dinastía XIII	<i>ca.</i> 1795-1639 a.C.
	Dinastía XIV	<i>ca.</i> 1795-1639 a.C.
	Dinastía XV (reyes hicsos)	<i>ca.</i> 1639-1539 a.C.
	Dinastía XVI (reyes vasallos hicsos) Dinastía XVII	? <i>ca.</i> 1570-1539 a.C.

	Períodos y dinastías	Fechas
REINO NUEVO	Dinastía XVIII	<i>ca.</i> 1539-1295 a.C.
	Dinastía XIX	<i>ca.</i> 1295-1186 a.C.
	Dinastía XX	<i>ca.</i> 1186-1069 a.C.
TERCER PERÍODO INTERMEDIO	Dinastía XXI	<i>ca.</i> 1069-945 a.C.
	Dinastía XXII	<i>ca.</i> 945-715 a.C.
	Dinastía XXIII	<i>ca.</i> 818-715 a.C.
	Dinastía XXIV	<i>ca.</i> 727-715 a.C.
BAJA ÉPOCA	Dinastía XXV	<i>ca.</i> 747-656 a.C.
	Invasiones asirias	671-669 a.C.; 667-655 a.C.
	Dinastía XXVI	664-525 a.C.
	Dinastía XXVII (1. <sup>a</sup> dominación persa)	525-401 a.C.
	Dinastía XXVIII	404-399 a.C.
	Dinastía XXIX	399-380 a.C.
PERÍODO GRECORROMANO	Dinastía XXX	380-342 a.C.
	2. <sup>a</sup> dominación persa	342-332 a.C.
	Reyes macedonios	332-306 a.C.
	Reyes lágidas	306-30 a.C.
	Emperadores romanos	30 a.C.-395 d.C.

## POST SCRÍPTUM

La extensión de este libro ha supuesto un largo proceso de redacción, edición y revisión que no ha permitido incorporar los hallazgos y estudios más recientes relacionados con los contactos entre Egipto y sus vecinos afroárabes. La abundancia e importancia de tales novedades muestra la bonanza de las investigaciones llevadas a cabo en los dos últimos años en Egipto y en otros países vecinos. Ojalá que, pese al estado de incertidumbre y de crisis en el que se encuentra esa región, esa prodigalidad vaya en aumento junto a, sobre todo, el bienestar de sus habitantes.

Entre las novedades destacan, especialmente, la publicación definitiva de los nuevos relieves del complejo funerario de Sahure (dinastía V), con las escenas de la expedición a Punt, por parte de Tarek el-Awady; los últimos descubrimientos llevados a cabo por la misión dirigida por Kathryn Bard y Rodolfo Fattovich en el yacimiento de Mersa Gawasis, que incluyen interesantes conclusiones paleoambientales y geológicas, así como la exhumación de nuevas cuevas, estructuras de culto, papiros, *ostraka* y estelas que documentan, por ejemplo, una expedición a Bia-Punt en el segundo año del reinado de Senusert II (dinastía XII); o el hallazgo, por parte de Pierre Taillet,

de dos inscripciones en Ayn Sujna que confirman el envío de naves desde ese puerto en la costa africana del mar Rojo a la costa del Sinaí durante el reinado del rey Isesi (dinastía V). A estos descubrimientos hay que sumarles otros, desconcertantes, que abren nuevas vías para la reconstrucción de las rutas comerciales afroárabes. Es el caso, por ejemplo, de la detección de mijo y bóvidos indios desde el II milenio a.C. en algunos yacimientos africanos; o de la presencia de una inscripción de Ramsés III (dinastía XX) en el oasis árabe de Tayma, un importante cruce de rutas comerciales durante la antigüedad.

En conjunto, estos hallazgos aportan una gran cantidad de nuevos datos y detalles que, sin embargo, no han supuesto ningún cambio significativo en la validez de los planteamientos y de los contenidos de este volumen.